

# CORTOPLACISMO ESPIRITUAL



**OSVALDO REBOLLEDA**

# **CORTOPLACISMO ESPIRITUAL**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>Interesante y curioso experimento.....</b>	<b>10</b>
Capítulo uno:	
<b>La tiranía del Ahora.....</b>	<b>14</b>
Capítulo dos:	
<b>Satisfacción instantánea y el vacío permanente.....</b>	<b>22</b>
Capítulo tres:	
<b>El cortoplacismo como mentalidad de este siglo.....</b>	<b>30</b>
Capítulo cuatro:	
<b>Fe sin procesos el engaño moderno.....</b>	<b>39</b>
Capítulo cinco:	
<b>Liderazgos apurados ministerios frágiles.....</b>	<b>44</b>
Capítulo seis:	
<b>El pragmatismo espiritual.....</b>	<b>50</b>
Capítulo siete:	
<b>El Dios que trabaja a largo plazo.....</b>	<b>57</b>
Capítulo ocho:	
<b>Procesos que formaron gigantes espirituales.....</b>	<b>63</b>

Capítulo nueve:	
<b>Jesús y la pedagogía del Reino</b> .....	69
Capítulo diez:	
<b>Recuperar la visión de lo eterno</b> .....	75
Capítulo once:	
<b>La paciencia como disciplina espiritual</b> .....	80
Capítulo doce:	
<b>Discipulado profundo para tiempos acelerados</b> .....	85
<b>Conclusión Final</b> .....	90
<b>Reconocimientos</b> .....	94
<b>Sobre el autor</b> .....	96



# INTRODUCCIÓN

“Cuando la prisa gobierna el alma”

*“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días,  
Que traigamos al corazón sabiduría.”*

Salmo 90:12

Vivimos en una era acelerada. No solo en los ritmos externos de la vida cotidiana, sino, más preocupante aún, en la manera en que el ser humano piensa, decide, cree y espera. La velocidad dejó de ser una herramienta para convertirse en un paradigma, y ese paradigma ha comenzado a moldear silenciosamente la espiritualidad contemporánea. Hoy no solo se vive rápido: se cree rápido, se siente rápido y se pretende madurar rápido.

Creo que, ante el aceleramiento de los tiempos, los hijos de Dios debemos ser sabios en la administración. Es por eso, que también escribí un libro titulado “Redimir el tiempo”. En ese libro traté el gran tema de vivir con propósito en medio de un mundo acelerado. Por supuesto, hago hincapié en no perder vanamente el tiempo, buscar la redención y avanzar hacia las oportunidades.

Mi planteo, no fue el de vivir apurados para ser efectivos, sino que debemos aprender a discernir lo esencial, a esperar con paciencia, a actuar con sabiduría y a experimentar la eternidad en cada día. Más que administrar

horas, la idea es aprender a vivir al ritmo del eterno reloj del Reino, transformando cada instante en una oportunidad para glorificar a Dios. Ciertamente es un libro que les recomiendo leer, para descubrir el verdadero valor del tiempo.

Ahora les presento este nuevo material, donde deseo demostrarles como la cultura de este siglo ha penetrado la mentalidad de los santos. Veremos de qué manera, la cultura actual rinde culto a la inmediatez. Todo debe ser accesible, instantáneo, simple y eficaz. Creo que es un libro complementario que será de gran utilidad para todos.

Quisiera demostrarles que en estos días, el valor ya no está en la profundidad, sino en la rapidez; no en la permanencia, sino en la utilidad inmediata; no en el proceso, sino en el resultado visible. Esta mentalidad, nacida en el seno del consumo, la tecnología y la eficiencia, ha penetrado cada esfera de la vida humana... y lamentablemente, no ha dejado fuera a la fe.

En este contexto surge lo que denominamos cortoplacismo espiritual: una forma de vivir la espiritualidad enfocada en el alivio inmediato, en la gratificación instantánea y en los resultados rápidos, aun cuando ello implique descuidar el crecimiento interior, el carácter, la madurez y la obra profunda que solo el tiempo y los procesos de Dios pueden producir. Es una espiritualidad impaciente, emocionalmente dependiente, poco dispuesta a esperar y cada vez más incómoda con los silencios, las demoras y los tramos invisibles del camino.

El problema del cortoplacismo espiritual no es solo que empobrece la experiencia de fe, sino que distorsiona la manera en que se concibe a Dios, al Reino y al discipulado. Se comienza a esperar de Dios lo mismo que del sistema: respuestas rápidas, soluciones inmediatas, recompensas visibles y satisfacción emocional constante. Cuando eso no ocurre, aparece la frustración, el desánimo, la crítica o el abandono. El alma, acostumbrada a lo instantáneo, pierde la capacidad de permanecer.

Este libro nace de una profunda preocupación pastoral y espiritual: la prisa está formando creyentes frágiles. Personas sinceras en su fe, pero con raíces cortas. Comunidades activas, pero con poca profundidad. Liderazgos ocupados, pero interiormente agotados. Mucho movimiento, pero poco proceso. Mucha información, pero escasa transformación.

El Reino de Dios, sin embargo, opera bajo principios completamente distintos. Es un Reino eterno, no apurado. Un Reino que trabaja en lo oculto antes de manifestarse en lo visible. Un Reino que valora la formación por encima de la exhibición, el carácter por encima del carisma, la fidelidad por encima del impacto inmediato. Allí donde el mundo acelera, Dios profundiza. Allí donde el sistema exige resultados, Dios insiste en procesos.

La tensión entre estos dos ritmos, el de la cultura y el del Reino, es uno de los grandes conflictos espirituales de nuestro tiempo. Muchos creyentes no han abandonado la fe,

pero han comenzado a vivirla bajo parámetros ajenos al corazón de Dios.

El cortoplacismo espiritual no siempre se manifiesta como rebeldía abierta; muchas veces se disfraza de practicidad, eficiencia o incluso “sabiduría moderna”. Pero sus frutos revelan su naturaleza: vacío interior, insatisfacción constante, relaciones frágiles, ministerios inestables y una creciente dificultad para esperar en Dios.

Este libro no pretende ofrecer soluciones rápidas, eso sería una contradicción en sí mismo, sino invitar a una profunda revisión del modo en que estamos viviendo la fe. Es una llamada a detenerse, a examinar los fundamentos, a recuperar el valor del tiempo, del proceso y de la obediencia sostenida. Es una invitación a reconciliar el corazón con los ritmos de Dios y a resistir la presión de una cultura que desprecia la espera.

La intención no es enseñar pasividad, o pérdida de tiempo, sino valorar la importancia de despertar a lo que está sucediendo con la cultura del sistema y de qué manera el Reino debe romper todo paradigma de comportamiento.

No pretendo señalar desde la dureza, sino alumbrar desde la verdad. No pretendo idealizar el pasado bíblico, sino discernir el presente y preparar a la Iglesia para un futuro que exigirá creyentes firmes, pacientes y profundamente formados. Porque solo quienes han aprendido a esperar,

podrán permanecer. Y solo quienes han sido formados en lo profundo, podrán sostener lo que Dios está por confiarles.

En un mundo obsesionado con el “ahora”, este libro propone volver a mirar lo eterno. En una época que corre sin detenerse, propone recuperar el valor de caminar con Dios, paso a paso, sin atajos. Porque el Reino no se construye con prisa, y la madurez espiritual no es un evento, sino un proceso sagrado. Encontrar este equilibrio será el complemento perfecto para lograr una efectiva redención del tiempo.

Que estas páginas sean una invitación a desacelerar el alma, a resistir la seducción de lo inmediato y a volver a confiar en el Dios que nunca llega tarde... porque nunca está apurado.

***“Él ha hecho todo apropiado a su tiempo...”***

**Eclesiastés 3:11 (NVI)**



# **INTERESANTE Y CURIOSO EXPERIMENTO**

Antes de desarrollar el tema, les cuento que hace algunos años, mientras preparaba un estudio sobre el cortoplacismo espiritual, encontré en las redes una investigación fascinante realizada por los profesores de la Universidad de Stanford, Walter Mischel y Yuichi Shoda.

Este trabajo experimental, conocido como el “experimento del malvavisco”, se convirtió en un referente para comprender los procesos que intervienen en las decisiones donde se debe elegir entre una recompensa inmediata y menor, o una recompensa mayor que exige paciencia y espera.

Quizá muchos hayan visto algún video que recrea la escena: un investigador coloca una golosina frente a un niño y le explica que se ausentará por unos minutos. Si al regresar la golosina sigue intacta, recibirá más como premio. Apenas el adulto se retira, el niño enfrenta una prueba difícil: resistir la tentación de comer lo que tiene delante para obtener una recompensa mayor.

Algunos se cubren los ojos para no mirar el dulce, otros lo huelen como si quisieran al menos disfrutar su aroma, y algunos, incapaces de esperar, terminan dando un mordisco que resuelve el dilema en un instante.

El experimento, realizado en la década de 1960 con niños del preescolar de Stanford, mostró que la mayoría prefería consumir el malvavisco tras un promedio de seis minutos, en lugar de esperar quince o veinte minutos por dos o tres más.

Las decisiones dependían de múltiples factores: la confianza en que el investigador regresaría, el valor subjetivo que cada niño otorgaba al dulce, o la tolerancia al tiempo de espera, que en realidad desconocían.

Lo más revelador fue el seguimiento a largo plazo. Aquellos que lograron esperar más tiempo se convirtieron en adolescentes más seguros de sí mismos, con mejores habilidades interpersonales y mayor autocontrol. En cambio, quienes cedieron rápidamente a la tentación tendieron a mostrar mayor ansiedad, inestabilidad y dificultades para concretar proyectos futuros.

Sin embargo, este hallazgo no debe interpretarse como una sentencia absoluta: no se trata de que una decisión infantil determine toda la vida, sino de que el experimento ofrece pistas sobre los factores individuales que influyen en el autocontrol en distintos ámbitos.

Observar este estudio me resultó profundamente iluminador para comprender la tensión entre la satisfacción inmediata que propone el cortoplacismo y la recompensa futura que nace de la paciente espera. El mal de nuestro tiempo se manifiesta en una paradoja vinculada al uso del

tiempo: la ciencia y la tecnología nos han dado herramientas para realizar tareas con rapidez y comodidad, pero, paradójicamente, todos dicen no tener tiempo.

Vivimos apurados, atrapados en un ritmo que genera un nivel de estrés sin precedentes en la historia de la humanidad. Y, por supuesto, nada de esto es ajeno a los hijos de Dios.

La Iglesia, en lugar de sostener una cultura de Reino, con frecuencia se deja arrastrar por la cultura social dominante. Así se infiltra el cortoplacismo espiritual, con propuestas que prometen resultados inmediatos, satisfacciones instantáneas y atajos que Dios no utiliza.

Comprender los tiempos y procesos divinos es esencial para una vida espiritual auténtica: nos libra de la frustración y nos permite colaborar humildemente con la obra soberana de Dios en nuestras vidas.

Es por esto que estoy convencido que este libro les entregará herramientas de reflexión y de cambios, para no caer en las redes del cortoplacismo espiritual.



PARTE I  
**EL ESPÍRITU DE  
LA INMEDIATEZ**

# Capítulo uno

## **LA TIRANÍA DEL AHORA**

*“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.”*

Eclesiastés 3:1

Vivimos bajo el dominio invisible del instante. No es un poder que se imponga con violencia, sino una lógica que se infiltra con suavidad, moldeando hábitos, expectativas y aun la manera en que las personas se relacionan con Dios.

El “ahora” se ha convertido en un tirano silencioso: exige resultados inmediatos, respuestas rápidas, alivios urgentes. Todo lo que no produce efecto visible en el corto plazo es descartado, sospechado o considerado inútil. Esta mentalidad no solo organiza la vida social y económica, sino que ha penetrado profundamente en la vida espiritual.

El problema no es la velocidad en sí misma, sino su absolutización. Cuando el instante se vuelve el criterio supremo, la interioridad se empobrece. La vida espiritual, que por naturaleza requiere tiempo, silencio, perseverancia y maduración, comienza a asfixiarse. La oración se mide por

sensaciones inmediatas, la fe por resultados rápidos, y la obediencia por beneficios visibles. En este contexto, lo profundo resulta incómodo y lo eterno parece irrelevante.

La Escritura, sin embargo, presenta una visión radicalmente distinta. El Reino de Dios no se edifica desde la urgencia humana, sino desde el propósito eterno. El rey Salomón enseñó que todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora, recordando que el tiempo no es un enemigo, sino un escenario pedagógico dispuesto por Dios. Cuando el creyente pierde esta perspectiva, comienza a vivir en una tensión constante entre lo que Dios promete a largo plazo y lo que el sistema exige de inmediato.

Uno de los efectos más evidentes de esta tiranía del ahora es el desplazamiento de la vida interior. La prisa constante deja poco espacio para el examen del corazón, la meditación de la Palabra o la espera reverente delante de Dios. El alma, saturada de estímulos, pierde sensibilidad espiritual. Se ora poco, se reflexiona menos y se discierne casi nada. El ruido exterior termina apagando la voz interior del Espíritu.

En este escenario, las emociones comienzan a ocupar un lugar que nunca les fue asignado: se convierten en la brújula espiritual. Lo que se siente se asume como verdad, y lo que no produce una experiencia emocional inmediata se interpreta como ausencia de Dios. Sin darse cuenta, muchos creyentes reemplazan el discernimiento espiritual por la

reacción emocional. La fe deja de ser confianza perseverante y se transforma en una búsqueda constante de sensaciones.

La Biblia, no obstante, nunca presentó las emociones como fundamento de la vida espiritual. Son parte de la experiencia humana, pero no su gobierno. El justo vive por fe, no por impulsos. Cuando las emociones gobiernan, la estabilidad espiritual se pierde, y la persona queda a merced de estados anímicos cambiantes. Hoy entusiasmo, mañana desánimo; hoy euforia, mañana frustración. Así, la vida cristiana se vuelve frágil e inconstante.

Esta fragilidad se hace aún más evidente cuando aparece la espera. La cultura acelerada ha debilitado profundamente la capacidad de esperar. Esperar resulta incómodo porque confronta el deseo de control. La espera expone la impaciencia del corazón y revela cuánto dependemos de resultados visibles para sostener nuestra confianza en Dios. Sin embargo, en la economía del Reino, la espera no es un vacío, sino un espacio formativo.

Desde Génesis hasta Apocalipsis, Dios se revela como un Dios de procesos. Sus promesas rara vez se cumplen de manera inmediata. No por incapacidad divina, sino porque el cumplimiento incluye la transformación del portador de la promesa. La espera no solo prepara el escenario externo, sino que trabaja profundamente en el carácter, purificando motivaciones y alineando el corazón con la voluntad divina.

Cuando esta verdad es ignorada, la ansiedad se convierte en un fruto inevitable. El cortoplacismo espiritual produce creyentes ansiosos, siempre apurados, siempre insatisfechos, siempre esperando algo más que calme su inquietud interior. La ansiedad espiritual no surge solo de las circunstancias, sino de una expectativa distorsionada del obrar de Dios. Se espera que Él actúe al ritmo humano, y cuando no lo hace, se instala la frustración.

Jesús advirtió claramente sobre esta condición del corazón. Al hablar de la semilla, enseñó que no todo crecimiento es inmediato ni todo fruto es visible al comienzo. Algunas semillas requieren tiempo, profundidad y perseverancia. El problema del terreno superficial no es la falta de semilla, sino la ausencia de raíz. Donde no hay raíz, cualquier demora se vuelve intolerable.

La ansiedad también revela una pérdida de confianza en la soberanía divina. Cuando el creyente no puede esperar, suele ser porque ha dejado de descansar en el carácter de Dios. La prisa constante es, en el fondo, una forma sutil de incredulidad: la sospecha de que, si Dios no actúa ahora, quizá no lo haga nunca. Esta lógica, aunque rara vez se confiesa, gobierna muchas decisiones espirituales.

El apóstol Pablo exhorta a no conformarse a este siglo, sino a ser transformados por la renovación de la mente. Esta advertencia es especialmente relevante en tiempos de inmediatez. La mente necesita ser reeducada para pensar en términos de proceso, eternidad y propósito. Sin esta

renovación, el creyente adopta sin resistencia los valores del sistema, aun cuando estos contradicen el ritmo del Reino.

La tiranía del ahora también distorsiona la comprensión del sufrimiento y la perseverancia. En una cultura que huye del dolor, cualquier proceso que implique espera, disciplina o resistencia es visto como fracaso.

Sin embargo, la Escritura presenta la perseverancia como una virtud esencial de la fe madura. La tribulación produce paciencia, la paciencia carácter probado, y el carácter esperanza. Nada de esto ocurre de manera instantánea.

Romper con esta tiranía exige un acto consciente de resistencia espiritual. Implica desacelerar el alma, reaprender a esperar y recuperar el valor de los procesos largos. Significa aceptar que Dios está más interesado en lo que somos que en lo que logramos rápidamente. El Reino no se construye con urgencia, sino con fidelidad.

Este primer capítulo nos confronta con una pregunta fundamental: ¿al ritmo de quién estamos viviendo nuestra fe? Si el ahora gobierna, el alma se empobrece. Pero si el tiempo es entregado a Dios, incluso la espera se convierte en un altar. Solo cuando el creyente se libera de la tiranía del instante puede comenzar a caminar con estabilidad hacia la plenitud del propósito eterno.

La tiranía del ahora no solo condiciona la manera en que se vive la espiritualidad personal, sino que también redefine, de forma silenciosa, las expectativas que los creyentes depositan en Dios. Se espera que Él responda con la misma velocidad con la que responden las plataformas digitales, los mercados y los sistemas humanos. Cuando esto no sucede, surge una tensión interior que muchos interpretan erróneamente como silencio divino, cuando en realidad es un conflicto entre dos ritmos incompatibles.

Este conflicto se manifiesta en una oración cada vez más utilitaria. Se ora para obtener, no para ser transformado. Se busca una respuesta, no una relación. La oración deja de ser un espacio de comunión para convertirse en una herramienta de gestión espiritual del presente. Cuando la respuesta no llega de inmediato, la oración se abandona o se sustituye por otras prácticas que prometen alivio más rápido.

El peligro de esta dinámica es profundo: el creyente comienza a medir la fidelidad de Dios según la rapidez de Su intervención. Sin advertirlo, se establece un juicio implícito sobre el carácter divino. Dios es considerado bueno si responde pronto, y distante si permite la espera. Esta lógica contradice la revelación bíblica, donde la bondad de Dios no está ligada a la inmediatez, sino a la fidelidad de Su propósito.

La Escritura muestra repetidamente que Dios no actúa bajo presión. Él no es empujado por la ansiedad humana ni condicionado por la urgencia de las circunstancias. Su obrar

está gobernado por sabiduría eterna, no por demandas momentáneas. Cuando Jesús fue informado de la enfermedad de Lázaro, deliberadamente permaneció donde estaba. No fue indiferencia, fue propósito. La demora fue parte del milagro.

Este principio resulta ofensivo para una mentalidad cortoplacista. Aceptar que Dios puede retrasar una intervención para producir un resultado mayor requiere una fe madura. La fe inmadura exige soluciones inmediatas; la fe madura confía aun cuando no comprende los tiempos. En este sentido, la espera se convierte en una prueba espiritual tan reveladora como la crisis misma.

Otro aspecto de la tiranía del ahora es la dificultad para sostener compromisos a largo plazo. La constancia se debilita, la perseverancia se diluye y la fidelidad pierde valor frente a la novedad. Se comienza con entusiasmo, pero se abandona ante la primera demora o dificultad. Esta dinámica afecta la lectura bíblica, la vida de oración, el servicio y aun la permanencia en la comunidad de fe.

La vida cristiana, sin embargo, está construida sobre la lógica de la permanencia. Permanecer en Cristo, permanecer en la Palabra, permanecer en la comunión. Permanecer implica tiempo, paciencia y resistencia. No es un acto emocional, sino una decisión sostenida. Cuando la cultura del ahora gobierna, permanecer se vuelve antinatural y hasta sospechoso.

La ansiedad espiritual, producto del cortoplacismo, también se manifiesta en la constante comparación. Al no ver resultados inmediatos en su propio proceso, el creyente observa la vida espiritual de otros y asume que algo está fallando en la suya. Esta comparación acelera artificialmente los procesos y genera frustración. Se quiere alcanzar en meses lo que Dios planeó formar en años.

Es aquí donde se vuelve indispensable recuperar una teología sólida del tiempo. El tiempo no es un obstáculo para Dios; es uno de Sus instrumentos más precisos. A través del tiempo, Dios revela, corrige, poda y afirma. El tiempo expone lo superficial y consolida lo auténtico. Lo que resiste el paso del tiempo suele llevar la marca de Dios.

Resistir la tiranía del ahora no significa adoptar una espiritualidad pasiva o resignada. Por el contrario, implica una fe activa que trabaja, siembra y obedece aun cuando los resultados no son inmediatos. Es la fe del agricultor que entiende que la cosecha no se negocia con la ansiedad, sino con la perseverancia.

***“No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.”***

Filipenses 4:6 y 7

## Capítulo dos

# **SATISFACCIÓN INSTANTÁNEA Y EL VACÍO PERMANENTE**

*“La ansiedad en el corazón del hombre lo deprime, más la buena palabra lo alegra.”*

Proverbios 12:25

La promesa de la satisfacción inmediata es uno de los engaños más eficaces de la cultura contemporánea. Se presenta como alivio, como descanso, como solución rápida a una incomodidad interior que el ser humano no sabe cómo nombrar. Sin embargo, cuanto más se persigue esta satisfacción fugaz, más profundo se vuelve el vacío que deja. El alma, diseñada para lo eterno, no puede ser saciada con estímulos momentáneos sin sufrir una progresiva erosión interior.

El cortoplacismo espiritual se alimenta precisamente de esta confusión: se cree que calmar una necesidad inmediata equivale a sanar una herida profunda. Pero el alivio no es lo mismo que la restauración. El alivio anestesia por un momento; la restauración transforma desde la raíz. Cuando

esta diferencia se pierde de vista, la vida espiritual se convierte en una sucesión de búsquedas desesperadas de alivio, sin llegar nunca a una verdadera plenitud.

La Escritura revela que el ser humano fue creado con una sed que nada temporal puede apagar. El corazón tiene una capacidad espiritual que no se satisface con logros, emociones ni experiencias aisladas. Por eso, aun cuando se alcanza aquello que se desea con urgencia, el gozo suele ser breve y la inquietud reaparece. No porque el deseo sea ilegítimo, sino porque está cargado con una expectativa que no se cumple.

En este contexto, la felicidad superficial se confunde con el gozo verdadero. La felicidad depende de circunstancias favorables; el gozo nace de una relación profunda con Dios. La felicidad es reactiva; el gozo es estable. La cultura de la inmediatez promete felicidad constante, pero produce una generación emocionalmente inestable, espiritualmente dependiente y crónicamente insatisfecha.

Cuando un hijo de Dios adopta este paradigma, comienza a medir su vida espiritual por estados emocionales. Si se siente bien, asume que todo está en orden; si no siente nada, cree que algo falla. Así, la fe deja de ser una convicción profunda y se transforma en una experiencia intermitente. Se vive de estímulo en estímulo, de evento en evento, de palabra en palabra, sin desarrollar raíces sólidas.

Esta dependencia de estímulos externos debilita la vida interior. La oración pierde profundidad, la Palabra se consume de manera fragmentada y la comunión se reduce a momentos que producen impacto emocional. Todo aquello que requiere constancia, silencio y perseverancia es postergado o abandonado. El alma se acostumbra a lo inmediato y pierde apetito por lo profundo.

El resultado inevitable de esta dinámica es el círculo vicioso de la insatisfacción. Cuanto más se busca satisfacción rápida, menos se disfruta lo recibido. La gratificación inmediata no enseña a valorar, sino a consumir.

Y lo que se consume rápidamente se desecha con la misma rapidez. Este patrón, trasladado a la vida espiritual, genera creyentes que siempre están buscando algo nuevo, pero raramente permanecen el tiempo suficiente para ser transformados.

La Biblia advierte sobre esta condición cuando habla de personas que siempre están aprendiendo, pero nunca llegan al conocimiento de la verdad. No es falta de información, sino ausencia de profundidad. El problema no es la cantidad de recursos disponibles, sino la incapacidad de procesarlos con paciencia y discernimiento. La abundancia de estímulos, lejos de enriquecer, termina empobreciendo.

El vacío permanente que deja la satisfacción instantánea no siempre se percibe de inmediato. A veces se disfraza de actividad espiritual intensa, de participación

constante, de compromiso aparente. Sin embargo, debajo de esa superficie activa, el alma permanece inquieta, cansada y desorientada. Se hace mucho, pero se descansa poco. Se consume mucho, pero se digiere casi nada.

Jesús confrontó esta lógica al invitar a los suyos a comer un pan que el mundo no conocía. Él no ofreció alivio momentáneo, sino vida abundante. No prometió ausencia de conflicto, sino una plenitud que atraviesa aun el sufrimiento. Su invitación fue clara: el que bebe de esta agua no volverá a tener sed (**Juan 4:14**). No porque desaparezcan los deseos, sino porque el centro de la vida queda correctamente ordenado.

El cortoplacismo espiritual desordena ese centro. Coloca la experiencia por encima de la formación, el sentir por encima del ser, el resultado por encima del proceso. Así, la fe se vuelve frágil y dependiente de condiciones externas. Cuando estas condiciones cambian, el vacío se hace evidente y la desilusión se instala.

Romper este círculo exige una reeducación del deseo. El alma necesita reaprender a esperar, a profundizar, a permanecer. Necesita volver a encontrar gozo en lo que crece lentamente, en lo que se forma en silencio, en lo que no produce aplausos inmediatos. Este reaprendizaje no ocurre de un día para otro, pero es indispensable para una espiritualidad sana.

El Reino de Dios no opera con la lógica del consumo, sino con la lógica del cultivo. Lo que se cultiva requiere tiempo, cuidado y paciencia, pero produce fruto duradero. La satisfacción instantánea promete mucho y entrega poco; el proceso del Reino parece lento, pero transforma profundamente.

Este capítulo nos invita a examinar honestamente nuestras búsquedas. ¿Estamos persiguiendo alivios rápidos o una transformación real? ¿Estamos conformes con experiencias superficiales o anhelamos un gozo que permanezca? La respuesta a estas preguntas define el rumbo de la vida espiritual.

Solo cuando los hijos de Dios renunciamos a la gratificación inmediata como fuente de plenitud, comenzamos a experimentar el gozo profundo que no depende de las circunstancias. Allí, en esa profundidad silenciosa, el vacío se llena no con estímulos, sino con la presencia constante de Dios. Y esa presencia, a diferencia de la satisfacción instantánea, no se agota ni decepciona.

La búsqueda constante de satisfacción inmediata no solo empobrece la experiencia espiritual, sino que también debilita nuestra capacidad para discernir entre lo esencial y lo accesorio. Cuando todo se evalúa por el impacto rápido que produce, se pierde la sensibilidad para reconocer aquello que, aunque no genera una gratificación instantánea, es vital para la salud del alma. El ruido desplaza a la voz, y lo urgente eclipsa a lo importante.

Esta lógica afecta profundamente la relación con la Palabra de Dios. En lugar de ser recibida como alimento sólido que requiere tiempo para ser digerido, la Palabra es consumida como frases aisladas, descontextualizadas, seleccionadas por su capacidad de producir ánimo momentáneo. El texto bíblico deja de ser un instrumento de transformación progresiva para convertirse en un recurso emocional de uso inmediato. Así, se pierde la continuidad, la profundidad y la coherencia doctrinal.

El vacío que deja la satisfacción instantánea también se manifiesta en una espiritualidad fragmentada. Se vive una fe compartimentada, donde cada necesidad busca su propio estímulo y cada carencia su propia respuesta rápida. No hay integración del ser, ni unificación del propósito. El corazón se dispersa, y la vida espiritual se vuelve una sucesión de intentos fallidos por llenar espacios que solo Dios puede ocupar.

La Escritura presenta un llamado radicalmente distinto: el llamado a la plenitud que nace de la permanencia. Permanecer en Cristo implica aceptar un proceso continuo de formación, corrección y crecimiento. No es una experiencia puntual, sino una vida sostenida. Esta permanencia confronta directamente la mentalidad de consumo espiritual, porque exige compromiso, fidelidad y paciencia.

Otro efecto silencioso del cortoplacismo es la dificultad para tolerar la incomodidad espiritual. Todo proceso genuino de crecimiento incluye momentos de

sequedad, silencio y aparente estancamiento. Sin embargo, en una cultura acostumbrada al estímulo constante, estos momentos son interpretados como fracaso o retroceso. Se huye de ellos en lugar de discernir lo que Dios está obrando en ese silencio.

La historia bíblica muestra que muchos de los tratos más profundos de Dios ocurrieron precisamente en esos espacios de aparente vacío. El desierto, el anonimato, la espera prolongada y la prueba sostenida no fueron interrupciones del propósito divino, sino escenarios formativos. Allí se desmontan falsas dependencias y se purifican los deseos. Sin embargo, nada de esto produce satisfacción inmediata.

Cuando el creyente no comprende esta pedagogía divina, busca llenar el vacío con actividad religiosa. Se sirve más, se participa más, se consume más contenido espiritual, pero sin detenerse a permitir que el Espíritu Santo haga una obra profunda. El resultado es agotamiento interior y una sensación persistente de insatisfacción, aun en medio de una vida aparentemente activa.

La satisfacción instantánea también distorsiona la comprensión del éxito espiritual. Se considera exitoso aquello que produce resultados visibles rápidos, y se menosprecia lo que avanza lentamente. Esta mentalidad, trasladada a la vida cristiana, genera frustración con los procesos personales y desvaloriza el crecimiento interno, que muchas veces es invisible a los ojos humanos.

El gozo profundo del Reino, en cambio, no depende de resultados inmediatos. Es fruto de una vida alineada con Dios, de una conciencia en paz y de una esperanza firme. Este gozo puede coexistir con la espera, con la prueba y aun con el dolor, porque no está anclado en circunstancias externas, sino en una relación viva y constante con el Señor.

Recuperar esta perspectiva requiere un cambio intencional en la forma de desear. El deseo necesita ser educado, orientado y purificado. No todo lo que alivia edifica, y no todo lo que incomoda destruye. Aprender a discernir esta diferencia es una de las marcas de la madurez espiritual.

El círculo vicioso de la insatisfacción se rompe cuando el creyente deja de exigirle al presente lo que solo el proceso puede otorgar. La vida espiritual no es una carrera de velocidad, sino un camino de fidelidad. Cada etapa tiene su propósito, y cada espera su enseñanza.

Solo cuando el corazón aprende a descansar en la suficiencia de Dios, el vacío deja de gobernar. Entonces, la satisfacción deja de ser instantánea para convertirse en profunda, estable y duradera. Y esa satisfacción, lejos de agotarse, se renueva en la medida en que el creyente permanece en el ritmo del Reino.



## Capítulo tres

# **EL CORTOPLACISMO COMO MENTALIDAD DE ESTE SIGLO**

*“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado.”*

Isaías 26:3

El cortoplacismo espiritual no surge de manera aislada ni accidental. Es la expresión espiritual de una cosmovisión más amplia que define a este siglo. Se trata de una mentalidad que ha sido moldeada por la velocidad, el consumo y la obsolescencia programada, y que afecta profundamente la forma en que las personas piensan, deciden y creen. Esta mentalidad no solo organiza el mundo exterior, sino que lentamente reconfigura el mundo interior de los hijos de Dios.

La Escritura advierte que cada época posee un espíritu dominante, una manera particular de percibir la realidad que influye sobre quienes la habitan. Cuando el apóstol exhorta a no conformarse a este siglo, reconoce que existe una presión constante para adoptar sus valores, ritmos y prioridades. El

peligro no radica únicamente en la maldad explícita del sistema, sino en su capacidad de normalizar lo superficial y volver sospechoso todo lo que requiere tiempo.

La tecnología, aunque no es en sí misma enemiga del Reino, ha acelerado exponencialmente esta lógica. La inmediatez digital ha redefinido la expectativa humana: respuestas instantáneas, gratificación inmediata, resultados visibles sin espera. Este patrón, repetido miles de veces al día, entrena la mente para rechazar todo proceso lento. Sin advertirlo, el creyente comienza a trasladar estas expectativas al ámbito espiritual.

El consumo es otro pilar de esta mentalidad. Todo está diseñado para ser usado rápidamente y reemplazado sin apego. Objetos, relaciones, experiencias e incluso convicciones se vuelven desechables. La permanencia pierde valor, y la novedad se convierte en criterio de relevancia. En este contexto, lo duradero parece anticuado, y la fidelidad resulta aburrida.

Cuando esta lógica penetra la fe, la espiritualidad se transforma en un producto más. Se consume lo que resulta atractivo, se descarta lo que confronta, y se busca constantemente algo nuevo que mantenga el interés. La fe deja de ser un camino de transformación para convertirse en una experiencia ajustable a las preferencias personales.

La velocidad también afecta la capacidad de reflexión. Pensar profundamente requiere tiempo, silencio y paciencia.

Sin embargo, la cultura de la inmediatez favorece la reacción rápida sobre la reflexión madura. Se opina antes de comprender, se decide antes de discernir, y se actúa antes de orar. Así, la superficialidad se instala como norma.

Esta mentalidad produce una espiritualidad frágil, fácilmente influenciable y carente de raíces. Al no desarrollar procesos profundos, el creyente queda expuesto a corrientes doctrinales cambiantes y a modas espirituales pasajeras. La falta de profundidad se disfraza de apertura, pero en realidad revela una ausencia de convicciones firmes.

La Escritura describe este fenómeno como una inestabilidad peligrosa: personas llevadas por todo viento de doctrina. No se trata de falta de inteligencia, sino de una mente no entrenada para discernir a largo plazo. El cortoplacismo no solo acorta los procesos, también debilita la capacidad de sostener la verdad cuando esta no produce beneficios inmediatos.

Nada en el Reino de Dios fue diseñado para ser descartable. Las promesas son eternas, los pactos son firmes y la obra de Dios apunta a lo permanente. Jesús comparó el Reino con semillas, levadura y procesos invisibles que requieren tiempo para manifestarse. Estas imágenes confrontan directamente la mentalidad del consumo rápido.

Sin embargo, el espíritu de este siglo enseña lo contrario: si algo no produce resultados rápidos, no vale la pena. Esta lógica genera frustración con los procesos

personales, impaciencia con los demás y una constante sensación de atraso espiritual. Se mide el avance con parámetros equivocados y se ignora la obra silenciosa de Dios.

Quienes adoptan esta mentalidad comienzan a evaluar su vida espiritual en términos de rendimiento. ¿Cuánto progreso se ve? ¿Qué resultados se pueden mostrar? ¿Qué tan rápido se crece? Estas preguntas, aunque comunes en otros ámbitos, resultan dañinas cuando gobiernan la fe. El Reino no avanza por rendimiento, sino por obediencia.

La mentalidad cortoplacista también redefine el concepto de éxito ministerial. Se exalta lo visible, lo numeroso y lo inmediato, mientras se minimiza lo oculto, lo pequeño y lo progresivo. Así, se construyen obras que impresionan, pero no siempre permanecen. La falta de fundamento se hace evidente con el paso del tiempo.

La Escritura insiste en que solo aquello edificado sobre roca resiste las tormentas. La roca no es el resultado rápido, sino la obediencia sostenida a la palabra de Cristo. Donde se desprecia el proceso, se debilita el fundamento. Donde se acelera artificialmente el crecimiento, se compromete la estabilidad.

Resistir esta mentalidad exige un discernimiento espiritual profundo. No todo lo nuevo es malo, pero no todo lo nuevo proviene de Dios. El creyente maduro aprende a evaluar no solo el impacto inmediato, sino el fruto a largo

plazo. Aprende a preguntar no solo si algo funciona, sino si forma.

Nada está hecho para durar en este sistema, pero el Reino fue diseñado para permanecer. Esta verdad confronta directamente la cultura del descarte. Vivir con mentalidad de Reino implica nadar contra la corriente, abrazar procesos largos y aceptar que lo más valioso suele crecer en silencio.

La Iglesia está llamada a ser una comunidad contracultural, no por aislamiento, sino por discernimiento. En medio de una sociedad acelerada, está invitada a encarnar una espiritualidad profunda, paciente y estable. No para resistir el tiempo, sino para redimirlo.

Este capítulo nos desafía a examinar hasta qué punto la mentalidad de este siglo ha moldeado nuestra forma de creer. El cortoplacismo espiritual no siempre se manifiesta como rebeldía abierta, sino como adaptación silenciosa. Identificarlo es el primer paso para desarmarlo.

Solo cuando reconocemos esta influencia podemos comenzar a renovar nuestra mente y a recuperar una fe que piensa en términos de eternidad. Allí, el Reino deja de ser una experiencia momentánea y se convierte en una vida arraigada, firme y fructífera, capaz de resistir el paso del tiempo y las presiones de este siglo.

El cortoplacismo como mentalidad de este siglo no solo condiciona comportamientos visibles, sino que opera a un nivel más profundo: moldea la forma en que se construye el sentido de la vida. Cuando el presente inmediato se convierte en el único horizonte, la noción de trascendencia se debilita y la eternidad deja de ser una categoría relevante. El ser humano comienza a vivir encerrado en el ahora, y todo aquello que no ofrece recompensa rápida pierde valor.

Esta reducción del horizonte temporal afecta directamente la comprensión bíblica del propósito. En la Escritura, el propósito siempre está vinculado a una historia mayor, a un plan que atraviesa generaciones. Dios piensa en pactos, herencias y promesas que se despliegan en el tiempo. El cortoplacismo, en cambio, fragmenta la historia y la reduce a episodios aislados, desconectados entre sí. Así, la fe pierde narrativa y se convierte en una sucesión de experiencias inconexas.

Cuando la narrativa se pierde, también se debilita la identidad. El creyente ya no se percibe como parte de un pueblo en proceso, sino como un individuo que busca soluciones espirituales inmediatas para problemas puntuales. Esta individualización extrema de la fe es uno de los frutos más visibles de la mentalidad de este siglo. La comunidad deja de ser un espacio de formación a largo plazo y se transforma en un proveedor de servicios espirituales.

La cultura de la velocidad también ha erosionado la capacidad de transmisión generacional. Todo lo que se

aprende rápidamente se olvida con la misma rapidez. La sabiduría, que requiere tiempo para ser asimilada, es reemplazada por información disponible. Sin embargo, la información no forma carácter ni produce discernimiento. El Reino no se transmite solo por datos, sino por vida compartida, ejemplo sostenido y procesos acompañados.

La Escritura muestra que Dios invierte profundamente en la formación de generaciones. Abraham recibe promesas que no verá cumplidas plenamente, pero que heredarán sus descendientes. Moisés guía a un pueblo que entrará a la tierra prometida sin él. Esta lógica resulta incomprensible para una mentalidad cortoplacista, que exige ver resultados inmediatos para validar la obediencia.

El cortoplacismo también redefine la relación con el fracaso. En una cultura orientada al resultado rápido, el error se vive como una amenaza intolerable. Se evita todo aquello que implique riesgo o posibilidad de demora. Sin embargo, en la pedagogía del Reino, el fracaso no siempre es negación del propósito, sino parte del proceso formativo. Muchos de los siervos de Dios atravesaron etapas que, desde una mirada inmediata, parecerían retrocesos, pero que fueron esenciales para su madurez.

La mentalidad de este siglo no solo acelera los procesos, sino que los simplifica peligrosamente. Reduce realidades complejas a soluciones rápidas y elimina la tensión necesaria para el crecimiento. Esta simplificación también afecta la teología. Se buscan mensajes breves,

conclusiones rápidas y respuestas cerradas, aun cuando la revelación bíblica invita a una reflexión profunda y continua.

En este contexto, la paciencia se percibe como debilidad y la perseverancia como obstinación. Sin embargo, la Escritura presenta ambas como virtudes fundamentales del creyente maduro. La fe que permanece es la que resiste el paso del tiempo, no la que produce impacto momentáneo. La perseverancia no es pasividad, sino fidelidad sostenida.

El cortoplacismo espiritual también distorsiona la percepción del llamado. Se espera que el llamado produzca reconocimiento rápido y visibilidad inmediata. Cuando esto no ocurre, se duda de su autenticidad. No se comprende que, en la mayoría de los casos, el llamado precede por mucho tiempo a la manifestación pública del ministerio. El tiempo entre ambos no es vacío, sino de formación.

La Iglesia, influenciada por esta mentalidad, corre el riesgo de reproducir los mismos patrones del sistema que está llamada a discernir. Puede adoptar estrategias de impacto rápido, descuidando la edificación profunda. Puede priorizar la atracción sobre la formación, y la cantidad sobre la calidad. Estas decisiones, aunque efectivas en el corto plazo, suelen generar fragilidad a largo plazo.



PARTE II  
**CUANDO LA INMEDIATEZ  
ENTRA EN LA IGLESIA**

## Capítulo cuatro

### **FE SIN PROCESOS EL ENGAÑO MODERNO**

*“Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando estén pasando por diversas pruebas.”*

Santiago 1:12

Uno de los rasgos más preocupantes del cortoplacismo espiritual es su capacidad para disfrazarse de fe. No se presenta como incredulidad, sino como confianza acelerada; no como rebeldía, sino como expectativa elevada. Sin embargo, detrás de esta apariencia piadosa se esconde una negación silenciosa de los procesos de Dios. Se cree, se declara y se espera, pero sin aceptar el camino formativo que la fe bíblica siempre ha implicado.

La fe sin procesos es atractiva porque promete resultados sin transformación. Ofrece restauración sin confrontación, victoria sin disciplina y promesas sin espera. Este enfoque reduce la fe a un mecanismo de obtención rápida, desconectándola de su propósito original: formar al creyente conforme al carácter de Cristo. Así, la fe deja de ser

un camino de obediencia sostenida y se convierte en una herramienta para resolver urgencias.

La Escritura nunca presenta la fe como un atajo. Por el contrario, la describe como una confianza perseverante que se prueba y se purifica en el tiempo. La fe auténtica no elimina los procesos; los atraviesa. Cuando esta verdad es ignorada, se genera una espiritualidad frágil, incapaz de sostenerse ante la demora, la prueba o la aparente ausencia de resultados.

En la cultura de la inmediatez, los procesos son vistos como obstáculos. Todo lo que demora es sospechoso, y todo lo que duele se evita. Sin embargo, en el Reino de Dios, los procesos no son castigos, sino instrumentos de gracia. A través de ellos, Dios revela lo que hay en el corazón, ajusta motivaciones y produce una fe que no depende de circunstancias favorables.

La fe sin procesos también distorsiona la comprensión de la gracia. La gracia es interpretada como permiso para evitar el trato de Dios, cuando en realidad es la provisión divina para atravesarlo. La gracia no anula la formación; la hace posible. Donde esta distorsión se instala, el crecimiento espiritual se estanca.

Este engaño moderno se manifiesta con claridad en ciertas expresiones de la vida cristiana contemporánea. Se buscan restauraciones rápidas que alivien el dolor, pero no siempre se acepta el camino de sanidad interior. Se desean

cambios visibles inmediatos, sin permitir que Dios trabaje en las raíces profundas de la herida. El resultado suele ser una mejoría superficial que no perdura.

Algo similar ocurre con la prosperidad entendida sin formación. Se anhela bendición sin carácter, aumento sin mayordomía y provisión sin responsabilidad. Cuando la prosperidad llega antes de que el carácter sea formado, suele convertirse en un peso difícil de sostener. La Escritura muestra que Dios no retiene por crueldad, sino por cuidado.

La unción sin quebranto es otra expresión de esta fe apresurada. Se desea poder espiritual sin rendición profunda, autoridad sin muerte al yo y visibilidad sin anonimato previo. Sin embargo, en la narrativa bíblica, la unción siempre fue precedida por procesos de humillación, obediencia y dependencia total de Dios. El quebranto no debilita la unción; la purifica.

Los resultados sin carácter completan este cuadro. Se celebran logros rápidos, pero no siempre se evalúa la solidez interior de quienes los alcanzan. El carácter, que se forma lentamente, suele ser relegado frente a la eficacia inmediata. Sin embargo, cuando el carácter no acompaña al resultado, el éxito se vuelve peligroso.

La fe bíblica nunca separa el hacer del ser. Lo que Dios produce externamente está siempre conectado con lo que forma internamente. Cuando esta conexión se rompe, la vida

espiritual se desequilibra y la caída se vuelve solo cuestión de tiempo.

La fe sin procesos también redefine peligrosamente la noción de prueba. En lugar de verla como una instancia formativa, se la interpreta como señal de falta de fe o de ataque indebido. Así, se resiste aquello que Dios podría estar utilizando para madurar al creyente. Se ora para escapar de la prueba, cuando muchas veces la invitación divina es a atravesarla con confianza.

La Escritura enseña que la prueba de la fe produce paciencia, y que la paciencia completa la obra. Este lenguaje resulta incómodo para una mentalidad cortoplacista, porque habla de tiempo, continuidad y madurez. Sin embargo, sin este proceso, la fe permanece inmadura y dependiente de estímulos externos.

El engaño de la fe sin procesos también afecta la enseñanza. Se prefieren mensajes que prometen cambios inmediatos y se evita todo aquello que confronte el carácter o llame a la perseverancia. La exhortación es reemplazada por motivación, y la formación por entusiasmo pasajero. El resultado es una fe emocionalmente activa, pero espiritualmente débil.

La Iglesia, al adoptar esta lógica, corre el riesgo de producir creyentes que saben declarar, pero no saben permanecer; que esperan milagros, pero no soportan procesos; que confían en Dios mientras todo avanza rápido,

pero se desalientan ante la demora. Esta condición no es fruto de mala intención, sino de una enseñanza incompleta.

Dios no tiene apuro porque Su objetivo no es solo intervenir en situaciones, sino formar personas. Cada proceso que Él permite está orientado a una transformación profunda que trasciende la circunstancia inmediata. Cuando el creyente comprende esto, deja de resistir los tiempos de Dios y comienza a cooperar con ellos.

La fe madura aprende a descansar aun cuando no ve resultados inmediatos. No porque renuncie a la expectativa, sino porque confía en el carácter de Dios. Esta confianza no se improvisa; se construye a lo largo de procesos donde la fidelidad divina es probada y confirmada.

El gran engaño moderno no consiste en creer demasiado, sino en creer sin entender cómo obra Dios. La fe bíblica no es impaciencia espiritual, sino obediencia confiada. No exige atajos, sino que abraza el camino. No se mide por la rapidez del resultado, sino por la profundidad de la transformación.

Recuperar una fe con procesos es un acto contracultural. Implica resistir la presión del ahora y volver a valorar lo que se forma en silencio. Implica enseñar a esperar, a perseverar y a confiar aun cuando el proceso parece largo.



## Capítulo cinco

### **LIDERAZGOS APURADOS MINISTERIOS FRÁGILES**

*“Pero esforzaos vosotros, y no desfallezcan vuestras manos, pues hay recompensa para vuestra obra.”*

2 Crónicas 15:7

Una de las consecuencias más visibles del cortoplacismo espiritual dentro de la Iglesia es la aceleración indebida de los liderazgos. Se levantan voces antes de tiempo, se delegan responsabilidades sin el debido proceso y se otorga visibilidad sin que exista una formación interior sólida. Este fenómeno no suele nacer de la maldad, sino de la urgencia. La prisa por responder a demandas inmediatas termina desplazando la sabiduría que discierne los tiempos.

El liderazgo bíblico nunca fue concebido como una plataforma de reconocimiento rápido, sino como un llamado a la responsabilidad prolongada. En la Escritura, quienes fueron usados por Dios atravesaron largos períodos de preparación, anonimato y prueba antes de ejercer influencia pública. Cuando este patrón es ignorado, el liderazgo se

vuelve frágil, dependiente del aplauso y vulnerable a la presión.

El problema no radica en levantar líderes jóvenes o nuevos, sino en hacerlo sin acompañamiento, sin formación doctrinal profunda y sin madurez emocional. El cortoplacismo confunde potencial con preparación y carisma con carácter. Así, se colocan cargas pesadas sobre hombros que aún no han sido fortalecidos.

El dominio del ahora exige resultados visibles. Se espera que el líder produzca impacto inmediato, crecimiento rápido y soluciones eficaces. Esta expectativa genera una tensión constante que empuja a muchos a actuar por encima de su capacidad real. El liderazgo deja de ser un servicio y se transforma en una carrera contra el tiempo.

El reconocimiento sin madurez es uno de los frutos más peligrosos de esta dinámica. Cuando el reconocimiento llega antes de que el carácter sea formado, se produce una disociación interior. La imagen pública comienza a crecer más rápido que la vida privada. El líder aprende a sostener una apariencia, pero no siempre una integridad profunda.

La Escritura insiste en que el carácter precede a la autoridad. La autoridad espiritual no se impone ni se acelera; se reconoce como fruto de una vida probada. Donde esta verdad se ignora, la autoridad se vuelve frágil y necesita ser defendida constantemente. El liderazgo comienza a apoyarse más en el cargo que en el testimonio.

La opinión sin estudio es otra manifestación del liderazgo apurado. En un contexto acelerado, se valora la rapidez para responder más que la profundidad para discernir. Se opina sobre temas complejos sin el tiempo necesario de estudio, oración y reflexión. Esto empobrece la enseñanza y debilita la formación del pueblo.

El líder bíblico es llamado a ser un obrero aprobado, que maneja con precisión la palabra de verdad (**2 Timoteo 2:15**). Este llamado requiere tiempo, disciplina y humildad intelectual. Cuando el cortoplacismo gobierna, estos procesos se perciben como secundarios frente a la urgencia de decir algo relevante en el momento.

La autoridad sin experiencia completa el cuadro de un liderazgo frágil. La experiencia no se reduce a los años, sino al tránsito consciente por procesos formativos. La experiencia incluye fracaso, corrección, espera y perseverancia. Sin ella, la autoridad carece de raíces.

Cuando se ejerce autoridad sin haber atravesado procesos, se responde desde la teoría y no desde la vida. Esto limita la capacidad de acompañar a otros en sus luchas reales. El liderazgo se vuelve directivo, pero no pastoral; funcional, pero no formativo.

El crecimiento numérico sin edificación segura es otro síntoma del cortoplacismo ministerial. Se celebra la expansión visible, pero no siempre se evalúa la solidez de lo que se está construyendo. Las multitudes pueden crecer

rápido, pero sin fundamento, cualquier sacudida revela la fragilidad de la estructura.

La Escritura advierte sobre la necesidad de edificar con materiales duraderos. No todo crecimiento es saludable, y no todo aumento es señal de aprobación divina. El tiempo es el verdadero examinador de la obra. Lo que no fue bien edificado termina mostrando grietas.

Los liderazgos apurados también suelen desarrollar una relación distorsionada con la presión. La presión constante por resultados inmediatos genera agotamiento, ansiedad y, en muchos casos, desilusión. El líder comienza a vivir para sostener expectativas ajenas, perdiendo el gozo del llamado.

Este desgaste no siempre se percibe externamente. Muchas veces se manifiesta como una pérdida gradual de sensibilidad espiritual. Se hace mucho, pero se ora poco; se decide rápido, pero se discierne menos. El activismo reemplaza a la dependencia de Dios.

El cortoplacismo también afecta la capacidad de rendir cuentas. Cuando todo debe avanzar rápido, los espacios de evaluación y corrección se consideran obstáculos. El líder se vuelve autosuficiente, aislado y defensivo. Sin rendición de cuentas, la fragilidad se profundiza.

La formación de liderazgos sólidos requiere una decisión contracultural: desacelerar. Lo cual, implica resistir

la tentación de promover antes de tiempo y recuperar el valor del acompañamiento pastoral. Formar líderes no es producir resultados rápidos, sino invertir en procesos largos.

La Iglesia está llamada a discernir no solo a quién levantar, sino cuándo hacerlo. El tiempo de Dios no se negocia con la urgencia humana. Acelerar un liderazgo puede parecer eficaz en el corto plazo, pero suele generar costos elevados en el largo plazo.

El líder formado en procesos aprende a esperar, a escuchar y a obedecer. Su autoridad no depende del cargo, sino de la coherencia de su vida. Puede sostener la presión sin quebrarse porque su identidad no está atada al resultado inmediato.

Los ministerios frágiles no son fruto de falta de dones, sino de falta de procesos. Dios sigue llamando, capacitando y enviando, pero lo hace conforme a Su sabiduría. Cuando la Iglesia recupera esta perspectiva, deja de competir con el sistema y vuelve a edificar conforme al Reino.

Este capítulo confronta una de las áreas más sensibles del cortoplacismo espiritual. No para desalentar a quienes sirven, sino para llamar a una restauración profunda del liderazgo cristiano. El futuro de la Iglesia no depende de la rapidez con que levante líderes, sino de la solidez con que los forme.

Solo los liderazgos que aceptan el proceso pueden sostener el fruto a largo plazo. Y solo los ministerios edificados con paciencia, verdad y carácter pueden resistir el paso del tiempo sin perder su esencia.

***“Por lo demás, hermanos, les rogamos y animamos en el Señor Jesús a que cada día su comportamiento sea más y más agradable a Dios, que es como debe ser, de acuerdo con lo que han aprendido de nosotros. Ustedes ya conocen las instrucciones que les dimos de parte del Señor Jesús.”***

1 Tesalonicenses 4:1 y 2



## Capítulo seis

# **EL PRAGMATISMO ESPIRITUAL**

*“Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.”*

Hebreos 10:36

Uno de los efectos más sutiles y peligrosos del cortoplacismo espiritual es el surgimiento del pragmatismo espiritual. Este tema, lo considero tan importante, que hace muy poco tiempo, he publicado un libro titulado: “Los riesgos del pragmatismo”. Creo que es uno de los males de este siglo y no debemos ignorarlo.

Esto no se presenta como negación de la fe, sino como una adaptación “inteligente” a los tiempos actuales. Su pregunta central no es si algo es verdadero, bíblico o conforme a la voluntad de Dios, sino si funciona. De este modo, el criterio de discernimiento deja de ser la revelación y pasa a ser la eficacia inmediata.

El pragmatismo espiritual nace cuando la urgencia por obtener resultados reemplaza la paciencia por obedecer procesos. Se comienza a evaluar la vida espiritual, el ministerio y aun la enseñanza bíblica según parámetros utilitarios. Lo correcto se define por lo que produce impacto visible, crecimiento rápido o aceptación general. Así, lo funcional desplaza silenciosamente a lo fiel.

Esta mentalidad no surge de la nada. Es hija directa de una cultura orientada a la productividad, al rendimiento y a la optimización constante. En ese contexto, todo debe justificar su existencia por los resultados que genera. Cuando esta lógica se traslada a la fe, el Reino comienza a ser interpretado con categorías ajenas a su naturaleza.

La Escritura, sin embargo, nunca presenta la obediencia como un medio para obtener resultados inmediatos, sino como una respuesta al carácter y a la palabra de Dios. Muchas veces, la obediencia bíblica no produce beneficios visibles en el corto plazo. Al contrario, puede generar oposición, pérdida o aparente retroceso. El pragmatismo espiritual no sabe qué hacer con esta tensión.

Cuando el “funciona” reemplaza al “es la voluntad de Dios”, se produce una distorsión profunda del discernimiento espiritual. Ya no se pregunta qué está diciendo el Espíritu, sino qué estrategia resulta más efectiva. El riesgo no está solo en adoptar métodos equivocados, sino en perder la sensibilidad para reconocer cuándo Dios está llamando a permanecer, aun cuando no hay resultados visibles.

El pragmatismo espiritual también redefine el éxito ministerial. Se considera exitoso aquello que crece rápido, atrae multitudes o genera influencia inmediata. Sin embargo, la Escritura enseña que el éxito delante de Dios está ligado a la fidelidad, no al impacto. La fidelidad, a diferencia del pragmatismo, no siempre produce aplausos.

Esta lógica produce una espiritualidad orientada a la acción constante. Hacer se vuelve más importante que discernir. Se implementan programas, se replican modelos y se imitan experiencias sin detenerse a evaluar si responden al contexto, al llamado o al tiempo de Dios. La actividad reemplaza a la dependencia.

En este marco, se pierde el valor de la fidelidad silenciosa. Aquellos que perseveran sin reconocimiento, que sirven sin visibilidad y que obedecen sin resultados inmediatos comienzan a sentirse irrelevantes. El pragmatismo espiritual no sabe cómo valorar lo que no puede medir.

El peligro mayor del pragmatismo espiritual no es metodológico, sino teológico. Al priorizar lo que funciona, se corre el riesgo de ajustar el mensaje para hacerlo más aceptable. Se suavizan verdades, se omiten confrontaciones necesarias y se selecciona aquello que genera mayor adhesión. La verdad deja de ser proclamada en su totalidad y comienza a ser administrada según conveniencia.

La Escritura advierte claramente sobre este riesgo. Cuando el oído se acostumbra a mensajes agradables, se rechaza la sana doctrina. No porque sea falsa, sino porque exige transformación. El pragmatismo espiritual prefiere mensajes que motiven sin confrontar y que prometan sin demandar.

Esta distorsión también afecta la formación espiritual. Se busca capacitar para hacer, pero no para ser. Se entrenan habilidades, pero no se forma carácter. El liderazgo se vuelve funcional, pero no necesariamente espiritual. La falta de profundidad se disfraza de eficiencia.

El pragmatismo espiritual también altera la relación con el tiempo. Se buscan resultados rápidos porque se teme perder relevancia. Se actúa por miedo a quedar atrás. Sin embargo, el Reino nunca avanzó por competencia, sino por obediencia. Dios no está apurado por mantenerse vigente; Su verdad es eterna.

La Biblia muestra repetidamente a Dios guiando a Su pueblo por caminos que no parecían los más eficaces desde una perspectiva humana. La obediencia a veces llevó al desierto, al anonimato o a la espera prolongada. Desde una lógica pragmática, estos caminos serían considerados errores. Desde la perspectiva del Reino, fueron espacios de formación profunda.

Cuando la Iglesia adopta el pragmatismo, comienza a perder su capacidad profética. La voz profética incomoda,

confronta y llama al arrepentimiento. El pragmatismo, en cambio, busca consenso y aceptación. Allí donde la profecía es reemplazada por estrategia, la Iglesia se vuelve funcional pero pierde autoridad espiritual.

Resistir el pragmatismo espiritual exige recuperar una teología sólida de la fidelidad. La fidelidad no es pasividad ni rigidez, sino obediencia perseverante. Es hacer lo que Dios manda, aunque no parezca producir resultados inmediatos. Es permanecer aun cuando otros avanzan más rápido.

La fidelidad silenciosa forma un carácter que el pragmatismo no puede producir. Enseña a confiar en Dios más allá de los resultados, a valorar la obediencia por encima de la eficacia y a descansar en el propósito eterno. Esta fidelidad es la que sostiene la obra cuando los métodos dejan de funcionar.

La Iglesia necesita reaprender a discernir entre medios y fines. Los métodos pueden cambiar, pero la verdad no. Cuando los métodos se absolutizan, el mensaje se diluye. Cuando el mensaje se mantiene firme, los métodos encuentran su lugar correcto.

El pragmatismo espiritual es una de las expresiones más refinadas del cortoplacismo, porque no niega a Dios, sino que lo subordina a la urgencia humana. Utiliza un lenguaje espiritual, pero responde a una lógica temporal. Por eso resulta tan difícil de detectar.

Dios no evalúa Su obra por la rapidez del resultado, sino por la fidelidad del proceso. Muchas de las obras más profundas del Reino no fueron comprendidas en su tiempo, pero dieron fruto a largo plazo. La cruz misma, desde una lógica pragmática, fue un fracaso. Desde la perspectiva eterna, fue la victoria suprema.

Creo con sinceridad, que todos los líderes debemos hacer una revisión honesta de los criterios que gobiernan nuestras decisiones espirituales. ¿Estamos haciendo lo que funciona o lo que Dios pide? ¿Estamos midiendo la obra por resultados visibles o por fidelidad profunda?

Solo cuando la Iglesia renuncia al pragmatismo espiritual puede recuperar una obediencia libre, profunda y profética. Allí, aun cuando el avance sea lento, el fundamento será firme. Y lo que es edificado sobre fidelidad, siempre permanece.

***“Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios;  
Tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud.”***

Salmo 143:10



PARTE III  
**DIOS NO ESTÁ APURADO:  
LA TEOLOGÍA DEL PROCESO**

## Capítulo siete

### **EL DIOS QUE TRABAJA A LARGO PLAZO**

*“Tú, oh Dios, nos has puesto a prueba; nos has purificado como a la plata.”*

Salmo 66:10

Uno de los contrastes más profundos entre la mentalidad humana y la revelación bíblica se encuentra en la manera de concebir el tiempo. Los seres humanos vivimos condicionados por la urgencia, mientras que Dios obra desde la eternidad. La mayoría de las personas se desesperan por el “ahora”; mientras que Dios actúa con una visión que atraviesa generaciones. Comprender esta diferencia no es un ejercicio intelectual, sino una transformación espiritual necesaria para sanar el cortoplacismo del alma.

La Escritura presenta a Dios como Señor del tiempo, no como rehén de él. Para Él, el tiempo no es un límite, sino una herramienta. Él no habita en el tiempo, el tiempo habita en Él. Cada etapa, cada espera y cada proceso están integrados en un diseño perfecto que no admite

improvisaciones. Dios no acelera Su obra para calmar la ansiedad humana, ni retrasa Sus propósitos por descuido. Todo ocurre conforme a Su sabiduría eterna.

El problema surge cuando el creyente intenta interpretar el obrar divino desde la lógica del reloj humano. Se espera que Dios responda con rapidez, que resuelva con inmediatez y que confirme con señales visibles. Cuando esto no ocurre, la fe es puesta en tensión. Sin embargo, esa tensión no siempre indica ausencia de Dios, sino presencia de un proceso.

La Biblia enseña que Dios no improvisa, forma. Su obrar no se limita a intervenir en situaciones, sino a transformar personas. Esta formación requiere tiempo, repetición, corrección y perseverancia. Nada verdaderamente eterno se construye con apuro.

Desde el comienzo de la revelación bíblica, el tiempo aparece como un elemento central en el trato de Dios con la humanidad. Las promesas rara vez se cumplen de manera inmediata. Entre la palabra dada y su cumplimiento suele existir un espacio prolongado donde Dios trabaja en silencio. Ese espacio no es vacío; es formativo.

La fe auténtica aprende a vivir en ese intervalo. Aprende a confiar sin ver, a obedecer sin comprender del todo y a perseverar sin resultados inmediatos. Esta fe no es débil; es profunda. Ha sido purificada por el tiempo y fortalecida por la espera.

El contraste entre el reloj humano y el propósito eterno se hace evidente cuando el creyente enfrenta la demora. La demora revela las motivaciones del corazón. Expone si la fe está centrada en Dios o en el resultado. Allí donde el resultado se convierte en ídolo, la espera se vuelve insoportable.

La Escritura declara que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día (**2 Pedro 3:8**). Esta afirmación no busca relativizar el tiempo, sino ubicarlo correctamente. Dios no está apurado porque Su obra no está limitada a una sola temporada. Él trabaja con una perspectiva que el ser humano apenas puede vislumbrar.

El tiempo también cumple una función purificadora. A lo largo del proceso, se revelan las intenciones ocultas, se corrigen las expectativas equivocadas y se desmontan las falsas seguridades. Lo que no es genuino no resiste el paso del tiempo. Solo aquello que está arraigado en Dios permanece.

La prisa, en cambio, suele ocultar debilidades. Acelerar procesos puede producir resultados visibles, pero rara vez produce solidez. El tiempo, aunque incómodo, es un aliado del Reino porque expone lo que necesita ser tratado.

Muchos creyentes interpretan el silencio de Dios como abandono, cuando en realidad es pedagogía. En el silencio, el alma aprende a escuchar de otra manera. Se afinan los sentidos espirituales y se fortalece la dependencia de Dios. El

silencio no es ausencia de Dios; es una forma distinta de Su presencia.

El Dios que trabaja a largo plazo no está desconectado del presente, pero no se somete a su urgencia. Él actúa hoy con la mirada puesta en el mañana. Cada intervención divina tiene implicancias que trascienden el momento.

La obra de Dios no siempre es espectacular. Muchas veces es invisible, lenta y silenciosa. Sin embargo, es precisamente esa obra la que sostiene el fruto duradero. El Reino de Dios avanza como una semilla, no como un relámpago.

Aceptar esta verdad nos libera de la presión por producir resultados inmediatos. Nos permite descansar en la fidelidad de Dios y reenfocar la vida espiritual en la obediencia diaria. La fe deja de ser una carrera y se convierte en un caminar hacia la sabiduría y la concreción de planes.

El tiempo también protege. Nos protege de recibir aquello para lo cual aún no estamos preparados. Dios no concede nada antes de tiempo, simplemente porque nos ama profundamente. Lo que llega antes de que nuestro carácter sea formado puede convertirse en una carga destructiva.

La Escritura muestra que Dios retrasa ciertas bendiciones no por castigo, sino por cuidado. El retraso es, muchas veces, una expresión de la misericordia divina. Entender esto transforma la manera en que se vive la espera.

Quienes somos capaces de abrazar los procesos aprendemos a discernir el valor del tiempo. Dejamos de pelear contra él y comenzamos a caminar con Dios en cada etapa. La ansiedad pierde poder cuando la confianza se profundiza.

El Dios que trabaja a largo plazo nos invita a una espiritualidad madura, capaz de sostener la tensión entre la promesa y el cumplimiento. Esta tensión no debilita la fe; la fortalece. Enseña a vivir con esperanza y sin desesperación.

En una cultura que idolatra la velocidad, abrazar el tiempo de Dios es un acto profundamente contracultural. Es elegir profundidad en lugar de rapidez, formación en lugar de atajos y obediencia en lugar de urgencia. Cuando entendemos esto, el foco deja de estar en el problema y comienza a centrarse en el carácter de Dios. El cortoplacismo espiritual solo puede ser sanado cuando se recupera una visión correcta del Dios eterno.

Solo cuando aprendemos a confiar en el Dios que trabaja a largo plazo podemos descansar verdaderamente. Allí, la fe deja de exigir respuestas inmediatas y comienza a vivir sostenida por la certeza de que Dios, aun cuando parece tardar, nunca llega tarde.

Por supuesto, esto no lo enseñó porque he superado completamente la ansiedad. Solo he vivido procesos y mis errores me han enseñado a asimilar las obras del Señor. Él no actúa como nosotros pensamos que lo hará, ni actúa en el

tiempo que nosotros esperamos. Sin embargo, una cosa es segura. Él siempre está obrando en nuestras vidas, aun cuando dormimos.

***“Señor, tú me has examinado y sabes todo de mí.***

***Tú sabes cuándo me siento y cuándo me levanto;***

***Aunque me sienta lejos de ti, tú conoces cada uno de mis pensamientos.***

***Sabes para dónde voy y en dónde me acuesto.***

***Tú sabes todo lo que hago.***

***Señor, tú sabes lo que voy a decir aun antes de que las palabras salgan de mi boca.***

***Tú siempre estás a mí alrededor, adelante y detrás de mí; siento tu mano sobre mí.***

***Lo que tú sabes de mí es demasiado profundo; va más allá de lo que puedo entender.”***

Salmo 139:1 al 6 PDT



## Capítulo ocho

### **PROCESOS QUE FORMARON GIGANTES ESPIRITUALES**

*“Te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos.”*

Deuteronomio 8:2

La Escritura no oculta los procesos largos, silenciosos y, muchas veces, dolorosos mediante los cuales Dios formó a hombres y mujeres destinados a manifestar Su propósito. Quienes no pudieron asimilar correctamente dichos procesos, quedaron en el camino, pero quienes perseveraron y aprendieron, fueron perfeccionados hasta ser considerados gigantes espirituales que ofrecieron sus testimonios hasta nuestros días.

Lejos de idealizar resultados inmediatos, la Biblia expone con honestidad los años de espera, las pruebas prolongadas y los tiempos de aparente estancamiento que precedieron a las grandes manifestaciones del propósito

divino. Este énfasis no es accidental: revela que, en el Reino de Dios, la grandeza espiritual no nace del impacto rápido, sino de la fidelidad sostenida.

En contraste con la mentalidad contemporánea, que busca atajos y resultados visibles, Dios parece deliberadamente comprometido con el proceso. No porque carezca de poder para actuar de inmediato, sino porque Su objetivo principal no es producir eventos, sino formar personas. Cada proceso bíblico significativo deja en evidencia que Dios valora más lo que ocurre en el interior del hombre que la velocidad con la que se manifiesta el resultado externo.

Comprender esta lógica es esencial para sanar el cortoplacismo espiritual. Cuando se observa la vida de los grandes hombres de fe, se descubre que ninguno llegó a su destino sin atravesar largos períodos de obediencia sin recompensa visible. La espera no fue una interrupción del plan; fue parte integral de él.

Noé es uno de los ejemplos más claros de obediencia prolongada. Llamado a construir un arca en un contexto de incredulidad generalizada, dedicó décadas a una tarea que no producía resultados inmediatos. No hubo aplausos, ni confirmaciones visibles, ni señales de aprobación social. Sin embargo, Noé perseveró. Su fe no se sostuvo en la inmediatez, sino en la certeza de la palabra recibida.

La obediencia de Noé confronta profundamente la lógica del cortoplacismo. Durante años trabajó sin ver una sola gota de lluvia. Desde una perspectiva pragmática, su esfuerzo habría sido considerado inútil. Desde la perspectiva del Reino, fue una de las expresiones más puras de fe perseverante. El arca no solo fue un medio de salvación, sino el fruto de una vida alineada con el tiempo de Dios.

Abraham, por su parte, encarna la espera que dismantela la autosuficiencia. Recibió promesas extraordinarias, pero tuvo que convivir con la demora. Cada año sin cumplimiento confrontaba su confianza y exponía la tentación de producir por medios propios aquello que Dios había prometido. El proceso no solo lo llevó a esperar un hijo; lo llevó a aprender a confiar.

La vida de José revela el valor formativo del anonimato. Soñador desde joven, recibió visiones que anunciaban un futuro de autoridad. Sin embargo, entre el sueño y el cumplimiento se extendió un largo camino de rechazo, injusticia y silencio. José pasó años sirviendo fielmente en lugares donde nadie parecía notar su llamado.

El tiempo del anonimato no fue pérdida; fue preparación. En la cárcel, lejos de la visibilidad, Dios formó en José el carácter necesario para gobernar con sabiduría. El liderazgo que luego ejercería en Egipto fue el resultado de procesos ocultos, no de ascensos acelerados. La exaltación llegó cuando el carácter estuvo listo para sostenerla.

Moisés ofrece otro ejemplo contundente. Llamado a liberar a un pueblo, intentó hacerlo prematuramente, guiado por su propia fuerza. El resultado fue fracaso y huida. Solo después de cuarenta años en el desierto, lejos del poder y del reconocimiento, estuvo preparado para cumplir su llamado. El desierto no fue un castigo, sino una escuela.

Al comenzar el capítulo cité **Deuteronomio 8:2**, porque es el ejemplo bíblico más utilizado para enseñar procesos. Los hebreos pudieron ser introducidos a la tierra en poco tiempo, pero Dios soberanamente los llevó por el camino largo para enseñarles. Tristemente, unos pocos como Josué y Caleb, lograron convertirse en gigantes espirituales, pero los demás, por la murmuración, la incredulidad y la impaciencia, murieron en el desierto. Es claro que Dios no utiliza jamás, el método del cortoplacismo para complacer la ansiedad y los deseos humanos. Y eso, sin importar los costos.

David, ungido como rey siendo joven, tuvo que esperar años antes de sentarse en el trono. Durante ese tiempo enfrentó persecución, injusticia y peligro constante. Sin embargo, se negó a acelerar el cumplimiento de la promesa por medios ilegítimos. Rechazó tomar el trono por la fuerza y decidió esperar el tiempo de Dios.

Esa espera formó en David un corazón conforme al de Dios. La integridad que mostró en la cueva fue tan importante como la autoridad que luego ejercería en el palacio. El

proceso protegió su corazón del orgullo y lo preparó para gobernar con dependencia de Dios.

Notemos que justamente el proceso, fue la diferencia entre David y Saúl. En el caso del primer rey, fue escogido por pedido del pueblo, y fue puesto a gobernar directamente. Sin embargo, es claro que en ambos reyes hubo resultados muy diferentes. Mientras que Saúl se convirtió en uno de los peores reyes de la historia judía, David se convirtió en el más destacado. No hay duda que los procesos fueron y siguen siendo fundamentales.

Estos ejemplos bíblicos revelan un patrón consistente: Dios permite largos procesos antes de grandes responsabilidades. No se trata de retrasos arbitrarios, sino de formación profunda. El tiempo trabaja donde la instrucción rápida no alcanza.

Jesús mismo confirma esta pedagogía del Reino. Treinta años de preparación precedieron a tres años de ministerio público. La mayor parte de Su vida transcurrió en anonimato, obediencia y crecimiento silencioso. Este dato, a menudo ignorado, confronta directamente la obsesión por el impacto inmediato.

Si el Hijo de Dios aceptó un proceso prolongado antes de manifestar Su ministerio, ¿por qué el creyente moderno rechaza la espera? La vida de Jesús revela que el proceso no es señal de debilidad, sino de alineación con la voluntad del Padre.

Los gigantes espirituales no fueron formados en la urgencia, sino en la perseverancia. Cada uno de ellos aprendió a confiar en Dios más allá de los resultados inmediatos. Su legado no fue producto de la velocidad, sino de la fidelidad.

Este recorrido bíblico no busca idealizar el sufrimiento ni glorificar la demora, sino restaurar una visión correcta del proceso. Dios no desperdicia el tiempo de Sus hijos. Cada etapa tiene un propósito formativo que contribuye a la plenitud del llamado.

El cortoplacismo espiritual se desarma cuando el creyente entiende que su historia está siendo escrita por Dios con una perspectiva eterna. Lo que hoy parece lento, mañana será fundamento. Lo que hoy parece oculto, mañana sostendrá el fruto.

Esto nos invita a resignificar la espera, el anonimato y la perseverancia. No como obstáculos, sino como espacios sagrados donde Dios sigue formando gigantes espirituales. Y allí, en el proceso silencioso, aprendemos que la verdadera grandeza no se mide por la rapidez del ascenso, sino por la profundidad de la formación.



## Capítulo nueve

# **JESÚS Y LA PEDAGOGÍA DEL REINO**

*“Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.”*

Hebreos 5:7 al 9

Si existe una vida que desarma por completo el cortoplacismo espiritual, esa es la vida de Jesús. En Él no hay prisa, no hay improvisación ni ansiedad por demostrar resultados inmediatos. El Hijo de Dios, teniendo toda autoridad y poder, eligió someterse a un proceso largo, silencioso y profundamente formativo. Su manera de vivir, enseñar y obrar revela con claridad que el Reino de Dios no se establece por aceleración, sino por obediencia al tiempo del Padre.

Treinta años de preparación precedieron a apenas tres años de ministerio público. Este dato, a menudo pasado por alto, constituye una de las declaraciones más contundentes contra la cultura de la inmediatez. Jesús no comenzó Su obra pública apenas tuvo conciencia de Su identidad. Creció, se desarrolló, aprendió obediencia y se afirmó en una relación profunda con el Padre antes de manifestar Su llamado.

La Escritura afirma que Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia. Este crecimiento progresivo desarma la idea de una espiritualidad instantánea. El Hijo eterno aceptó crecer en el tiempo. No se saltó etapas ni forzó procesos. Honró el ritmo del Padre y, al hacerlo, dignificó el valor del proceso para todos los que le seguirían.

La pedagogía del Reino que Jesús encarnó no se basa en el impacto inmediato, sino en la formación interior. Sus enseñanzas rara vez ofrecían respuestas rápidas. Utilizaba parábolas que exigían reflexión, espera y discernimiento. No explicaba todo de inmediato, ni buscaba comprensión instantánea. Sabía que la verdad profunda necesita tiempo para ser asimilada.

El Reino, según Jesús, es semejante a una semilla que crece de manera invisible. Esta imagen confronta directamente la obsesión humana por lo espectacular. El crecimiento más importante ocurre bajo la superficie, lejos de la mirada pública. El cortoplacismo desprecia este tipo de crecimiento porque no puede medirlo ni exhibirlo.

Jesús también valoró el silencio y la soledad como espacios pedagógicos. Se apartaba para orar, aun cuando las multitudes lo buscaban. No permitía que la demanda urgente definiera Su agenda. Su prioridad no era responder a todas las expectativas humanas, sino permanecer alineado con la voluntad del Padre.

La manera en que Jesús formó a Sus discípulos revela aún más claramente Su rechazo a la inmediatez. No los capacitó con cursos intensivos ni con estrategias rápidas. Caminó con ellos durante años, permitiéndoles errar, preguntar, fallar y volver a intentar. La formación fue relacional, progresiva y, muchas veces, frustrante para quienes esperaban comprensión inmediata.

Los discípulos no entendieron muchas de Sus enseñanzas en el momento. Jesús no los descartó por ello. Respetó sus procesos. Sabía que la comprensión vendría con el tiempo, especialmente después de la cruz y de la obra del Espíritu Santo. La paciencia de Jesús con sus discípulos es una lección profunda para una Iglesia acostumbrada a exigir madurez instantánea.

El Reino que Jesús anunció no se manifestó con poder político inmediato ni con reconocimiento institucional. Rechazó las tentaciones de aceleración, éxito rápido y dominio visible. Eligió el camino del servicio, la humildad y la obediencia. Esta elección define la naturaleza misma del Reino.

La cruz representa el acto supremo contra el cortoplacismo espiritual. Desde una lógica inmediata, la cruz fue fracaso, pérdida y retroceso. Desde la perspectiva eterna, fue el momento central de la redención. Jesús no evitó la cruz para preservar resultados visibles. Aceptó el camino más largo y doloroso porque era el único que producía vida eterna.

La cruz confronta la mentalidad que busca gloria sin sufrimiento y resurrección sin muerte. No hay atajos en el Reino. La vida surge de la entrega, y la victoria se manifiesta después de la obediencia total. Jesús confió plenamente en el Padre, aun cuando el resultado inmediato fue muerte.

La resurrección no fue un acto apresurado, sino la confirmación del propósito eterno. El tiempo entre la cruz y la tumba vacía fue breve, pero cargado de significado. Incluso allí, Jesús no respondió a la burla con demostraciones inmediatas de poder. Esperó el momento del Padre.

La pedagogía del Reino que Jesús encarnó sigue siendo vigente. Enseña a formar antes que a exhibir, a permanecer antes que a avanzar rápido, a obedecer antes que a producir resultados. Esta pedagogía es profundamente contracultural en un mundo obsesionado con la rapidez.

Seguir a Jesús implica aceptar Su ritmo. No solo Sus enseñanzas, sino Su manera de vivir el tiempo. El discípulo no está llamado a correr delante de su Maestro, sino a

caminar con Él. La formación espiritual auténtica ocurre en ese caminar cotidiano, no en experiencias aisladas.

La Iglesia que aprende de la pedagogía de Jesús deja de medir su fidelidad por la rapidez de sus resultados y comienza a evaluarla por la profundidad de su obediencia. Recupera el valor del proceso, del crecimiento silencioso y de la transformación progresiva.

Jesús no vino a adaptarse a la ansiedad humana, sino a sanar el corazón apresurado. Su vida es una invitación a desacelerar el alma y a reencontrar el gozo de caminar con Dios en cada etapa. Él no prometió resultados inmediatos, sino vida abundante.

El Reino no solo se enseña, se encarna. Jesús es el modelo supremo de una vida alineada con el tiempo y la voluntad del Padre. En el Reino, el cortoplacismo queda sin argumentos, por lo tanto, todos los que ejercemos un liderazgo espiritual, deberíamos desistir de todo atajo con pretensiones de éxito.

Solo cuando la Iglesia vuelve a mirar a Jesús y a aprender Su pedagogía puede liberarse de la tiranía de la inmediatez. Allí, en la obediencia paciente y en la confianza profunda, el Reino vuelve a manifestarse con poder verdadero y fruto duradero.



PARTE IV  
**SANADOS DEL CORTOPLACISMO  
ESPIRITUAL**

## Capítulo diez

# **RECUPERAR LA VISIÓN DE LO ETERNO**

*“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis ansiedades.*

*Fíjate si voy por un camino que te ofende y guíame por el camino eterno.”*

Salmo 139:23 y 24

La sanidad del cortoplacismo espiritual comienza cuando el cristiano recupera una visión clara de lo eterno. Mientras la mirada permanezca atrapada en la urgencia del presente, la vida espiritual seguirá reaccionando a estímulos inmediatos y presiones circunstanciales. La Escritura enseña que el problema no es vivir en el tiempo, sino vivir solo para el tiempo. Cuando lo eterno se eclipsa, lo urgente gobierna.

Recuperar la visión de lo eterno no implica desentenderse de la realidad cotidiana, sino reinterpretarla a la luz del Reino. El creyente no es llamado a huir del mundo, sino a vivir en él con una perspectiva distinta. Esta

perspectiva redefine prioridades, ordena deseos y devuelve sentido a los procesos largos que el cortoplacismo desprecia.

La fe bíblica siempre ha sido una fe orientada hacia adelante. No vive prisionera del instante, sino anclada en la promesa. Por eso, los hombres y mujeres de Dios pudieron soportar pruebas, rechazos y demoras sin perder la esperanza. Su fortaleza no provenía de resultados inmediatos, sino de una visión que trascendía el presente.

La pérdida de la visión eterna produce una espiritualidad reactiva. Se ora solo cuando surge la necesidad, se decide bajo presión y se interpreta la voluntad de Dios según la conveniencia del momento. El alma se vuelve vulnerable a la ansiedad porque ha perdido su anclaje en lo permanente.

La Escritura exhorta a poner la mira en las cosas de arriba (**Colosenses 3:2**), no como un escape espiritual, sino como un principio de orden interior. Cuando la mirada se eleva, las circunstancias no desaparecen, pero dejan de ocupar el centro. El creyente aprende a vivir hoy con los ojos puestos en el fruto futuro.

Esta visión transforma la manera de tomar decisiones. Ya no se elige solo en función del alivio inmediato, sino del impacto a largo plazo. Se comienza a preguntar no solo qué conviene ahora, sino qué edifica para la eternidad. Este cambio de enfoque es profundamente contracultural.

Vivir con visión eterna implica aceptar que muchas de las decisiones más importantes no producirán beneficios inmediatos. Sembrar en el Reino suele implicar renunciar a recompensas rápidas. Sin embargo, la Escritura afirma que lo que se siembra en el Espíritu produce vida eterna.

El cortoplacismo espiritual busca atajos; la visión eterna abraza la siembra. La siembra requiere paciencia, constancia y confianza. No hay control inmediato sobre el resultado, pero hay certeza sobre el fruto. Esta certeza sostiene al creyente cuando no ve avances visibles.

La visión eterna también redefine el concepto de éxito. El éxito deja de medirse por la rapidez del crecimiento y comienza a evaluarse por la fidelidad al llamado. Una vida fiel, aunque aparentemente pequeña, tiene un peso eterno que ninguna estadística puede medir.

Recuperar la visión de lo eterno también sana la relación con el sacrificio. En una cultura que evita todo costo, el sacrificio es percibido como pérdida. Sin embargo, la Escritura presenta el sacrificio como inversión eterna. Nada que se entrega a Dios se pierde.

Jesús enseñó que quien pierde su vida por causa de Él la hallará. Esta afirmación solo puede ser comprendida desde una perspectiva eterna. Desde la lógica inmediata, perder es fracasar. Desde la lógica del Reino, perder puede ser el camino hacia una plenitud mayor.

La visión eterna permite perseverar aun cuando no hay reconocimiento, recompensa visible o confirmación inmediata. El creyente aprende a descansar en la aprobación de Dios, que no siempre coincide con el aplauso humano.

Vivir con los ojos puestos en la eternidad transforma la vida cotidiana. Las decisiones pequeñas adquieren un valor profundo. La fidelidad en lo oculto deja de ser insignificante y se convierte en parte de una historia mayor que Dios está escribiendo.

Esta perspectiva también libera de la presión por compararse. Cuando la meta es eterna, la competencia pierde sentido. Cada creyente camina su propio proceso, a su propio ritmo, bajo la mirada paciente de Dios.

La Iglesia que recupera la visión de lo eterno deja de ser reactiva y se vuelve profética. Ya no corre detrás de las urgencias del sistema, sino que anuncia un Reino incommovible. Su mensaje deja de adaptarse a la ansiedad del presente y vuelve a señalar la esperanza futura.

Recuperar la visión de lo eterno no es un acto momentáneo, sino una disciplina espiritual. Requiere renovar la mente, ordenar los afectos y reeducar el deseo. El corazón necesita aprender a valorar aquello que no produce gratificación inmediata.

En un mundo obsesionado con el ahora, vivir con perspectiva eterna es un acto de resistencia espiritual. Es

elegir caminar despacio, pero con dirección. Es preferir profundidad antes que velocidad.

Este capítulo abre la puerta a una vida espiritual más estable, libre de la tiranía de la urgencia. Cuando la eternidad vuelve a ocupar su lugar, el presente se ordena. Y allí, en ese orden interior, el creyente comienza a experimentar una paz que no depende de resultados inmediatos, sino de la certeza de estar caminando conforme al propósito eterno de Dios.

***“Trabajen, pero no por la comida que es perecedera, sino por la que permanece para vida eterna, la cual les dará el Hijo del hombre. Dios el Padre ha puesto sobre él su sello de aprobación.”***

Juan 6:27



## Capítulo once

# **LA PACIENCIA COMO DISCIPLINA ESPIRITUAL**

*“La paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; 5 y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.”*

Romanos 5:4 y 5

En una cultura dominada por la prisa, la paciencia ha sido degradada a una virtud menor, casi irrelevante. Se la asocia con pasividad, resignación o falta de iniciativa. Sin embargo, desde la perspectiva bíblica, la paciencia ocupa un lugar central en la formación espiritual. No es un rasgo opcional del carácter cristiano, sino una disciplina profunda que sostiene la fe a lo largo del tiempo.

La paciencia no consiste simplemente en saber esperar, sino en aprender a permanecer correctamente mientras se espera. Implica una disposición interior que confía en Dios aun cuando el cumplimiento de Sus promesas parece distante. Esta disposición no surge de manera espontánea; se

forma mediante procesos prolongados donde el alma es confrontada con sus impulsos, temores y deseos desordenados.

El cortoplacismo espiritual desprecia la paciencia porque la considera improductiva. Desde su lógica, todo lo que no genera resultados inmediatos carece de valor. La paciencia, en cambio, no promete efectos visibles rápidos, pero produce algo mucho más profundo: carácter probado. Allí donde la paciencia falta, la fe se vuelve frágil y dependiente de las circunstancias.

La Escritura presenta la paciencia como una expresión activa de la fe. Esperar en Dios no significa cruzarse de brazos, sino continuar obedeciendo sin garantías inmediatas. La paciencia bíblica está cargada de esperanza, no de inmovilidad. Es la fe que sigue caminando aun cuando no ve el destino con claridad.

El apóstol enseña que la tribulación produce paciencia, la paciencia carácter probado y el carácter esperanza. Esta progresión revela que la paciencia es un puente indispensable entre la prueba y la madurez. Sin paciencia, la prueba solo genera frustración. Con paciencia, la prueba se transforma en instrumento de formación.

***“Alégrense en la esperanza, muestren paciencia en el sufrimiento, perseveren en la oración.”***

Romanos 12:12

Muchos creyentes oran para que Dios quite la prueba, cuando en realidad Dios desea formar algo a través de ella. La paciencia permite que ese proceso se complete. Sin ella, el crecimiento se interrumpe y la lección queda inconclusa.

La paciencia también está íntimamente ligada al tiempo. No todo ocurre al mismo ritmo, y no todo crecimiento puede acelerarse sin consecuencias. La impaciencia suele ser una forma encubierta de incredulidad: la sospecha de que Dios no actuará a tiempo o de la manera correcta.

Aprender a esperar implica aprender a confiar en el carácter de Dios. El creyente paciente no se apoya en la rapidez del resultado, sino en la fidelidad del Señor. Esta confianza se fortalece a lo largo del tiempo, especialmente cuando las circunstancias parecen contradecir la promesa.

La paciencia enseña a discernir entre el deseo legítimo y la exigencia apresurada. No todo deseo debe ser satisfecho de inmediato. Muchos deseos necesitan ser purificados antes de ser concedidos. La paciencia protege al creyente de recibir antes de tiempo aquello que aún no está preparado para administrar.

Como disciplina espiritual, la paciencia requiere prácticas concretas. Se cultiva mediante la oración perseverante, la meditación constante de la Palabra y la obediencia cotidiana en lo pequeño. No se desarrolla en momentos extraordinarios, sino en la fidelidad diaria.

La paciencia también se aprende en comunidad. Las relaciones humanas confrontan el ego, desafían la tolerancia y exponen la necesidad de crecer. Permanecer en comunidad es, en sí mismo, un ejercicio profundo de paciencia espiritual.

En una Iglesia influenciada por la inmediatez, recuperar la paciencia implica enseñar a permanecer. Permanecer en la Palabra, permanecer en la comunión y permanecer en el llamado aun cuando no hay reconocimiento visible. Esta permanencia es una de las mayores expresiones de madurez espiritual.

La paciencia no solo forma al individuo, sino que edifica comunidades sólidas. Las iglesias que aprenden a esperar no se desesperan ante la demora ni se deslumbran con el crecimiento rápido. Comprenden que lo que se construye con paciencia tiene mayor probabilidad de permanecer.

La impaciencia, por el contrario, suele producir decisiones apresuradas, divisiones innecesarias y frustración colectiva. Donde falta paciencia, se pierde perspectiva. Donde abunda, se fortalece la unidad. De hecho, como hemos visto anteriormente, ante la impaciencia aparece el pragmatismo y muchas iglesias terminan implementando lo que agrada a la gente, con tal de atraer personas, pero dejan de lado los diseños del Retino.

El cristiano paciente aprende a vivir con tensión sin quebrarse. No necesita resolver todo de inmediato para tener

paz. Descansa en la soberanía de Dios y avanza paso a paso, confiando en que cada etapa tiene su propósito.

La paciencia como disciplina espiritual confronta directamente el espíritu de este siglo. Es una virtud silenciosa, poco celebrada, pero absolutamente indispensable. Sin paciencia no hay profundidad, y sin profundidad no hay permanencia.

Recuperar la paciencia implica reaprender a vivir al ritmo de Dios. No al ritmo de la ansiedad, ni al de la comparación, ni al de la presión externa. El ritmo del Reino es constante, firme y seguro.

Claramente debemos resignificar la espera y a abrazarla como parte del llamado cristiano. La paciencia no es una pausa entre dos momentos importantes; es el lugar donde Dios forma el corazón.

Solo quienes aprenden a esperar correctamente pueden sostener el fruto cuando finalmente llega. La paciencia no acelera el Reino, pero lo afirma. Y lo que se afirma en el tiempo, permanece para la eternidad.

***“Pero si esperamos lo que todavía no vemos, en la espera mostramos nuestra constancia.”***

Romanos 8:25



## Capítulo doce

# **DISCIPULADO PROFUNDO PARA TIEMPOS ACELERADOS**

*“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.”*

Mateo 16:24

La sanidad definitiva del cortoplacismo espiritual no se alcanza únicamente a nivel individual, sino que debe expresarse de manera concreta en la forma en que la Iglesia forma a sus creyentes. Allí donde el discipulado se debilita, la inmediatez encuentra terreno fértil. Por el contrario, donde existe un discipulado profundo, intencional y perseverante, la cultura del ahora pierde influencia.

El discipulado bíblico nunca fue un proceso rápido. Jesús no llamó a consumidores de experiencias espirituales, sino a discípulos dispuestos a caminar con Él, aprender de Él y ser transformados por Él. Esta transformación no ocurrió de un día para otro, sino a lo largo de un camino compartido, marcado por enseñanza, corrección, ejemplo y paciencia.

En tiempos acelerados, el discipulado profundo se vuelve contracultural. Exige detenerse, escuchar, acompañar y permanecer. No responde a la lógica del resultado inmediato, sino a la formación del carácter. Allí donde el discipulado es reducido a contenidos breves o encuentros ocasionales, la fe se vuelve superficial y vulnerable.

Uno de los mayores desafíos actuales es la transformación del creyente en consumidor espiritual. Se asiste, se escucha y se recibe, pero no siempre se permanece ni se es formado. El discipulado profundo confronta esta mentalidad porque exige compromiso, responsabilidad y continuidad.

Formar hijos renacidos y no consumidores implica cambiar la expectativa. El creyente deja de preguntar qué recibe y comienza a preguntarse en qué se está convirtiendo. Esta pregunta desplaza el eje de la experiencia al proceso. El discipulado deja de ser un servicio ofrecido y se convierte en un camino asumido.

La Escritura muestra que Jesús formó a Sus discípulos de manera integral. No solo les enseñó verdades, sino que compartió la vida con ellos. Caminó, comió, descansó y enfrentó conflictos junto a ellos. Esta cercanía permitió que el aprendizaje fuera profundo y duradero.

El discipulado profundo requiere procesos intencionales. No ocurre por accidente ni por acumulación de información. Requiere visión pastoral, acompañamiento

cercano y estructuras que prioricen la formación por sobre la rapidez.

Estos procesos deben respetar los tiempos de cada persona sin renunciar a la profundidad. Acelerar artificialmente la formación puede producir creyentes informados, pero no transformados. El crecimiento auténtico necesita espacio para el error, la corrección y la maduración.

En lo natural, comprendemos perfectamente que la única manera de que un niño madure, es por el paso del tiempo y la educación que se le dé. Un niño no puede madurar porque sus padres deseen un niño maduro rápidamente, eso es imposible. Si cortamos un durazno de su planta y lo metemos en el horno, obtendremos un durazno cocinado o quemado, pero nunca un durazno maduro.

El acompañamiento pastoral es clave en este proceso. No se trata de control, sino de cuidado. El discipulado profundo crea espacios seguros donde el creyente puede ser confrontado con amor y sostenido con paciencia. Sin acompañamiento, la formación se vuelve frágil.

Las iglesias que enseñan a esperar forman creyentes estables. Enseñar a esperar no es fomentar pasividad, sino educar el corazón para confiar en Dios en cada etapa. Esta enseñanza es especialmente necesaria en un contexto donde todo invita a la gratificación inmediata.

El discipulado profundo devuelve valor a la fidelidad silenciosa. Honra el crecimiento que no se ve, el servicio que no se aplaude y la obediencia que no genera reconocimiento inmediato. Estas prácticas forman un carácter que resiste las presiones del tiempo.

Cuando la Iglesia recupera esta visión, deja de medir su efectividad únicamente por números y comienza a evaluarla por la madurez de sus discípulos. El fruto puede tardar, pero cuando llega, permanece.

Volver a edificar sobre fundamentos sólidos es una urgencia espiritual. El discipulado superficial produce creyentes vulnerables, fácilmente influenciables y propensos al desaliento. El discipulado profundo, en cambio, forma creyentes firmes, capaces de discernir, perseverar y resistir.

Estos fundamentos no se colocan en eventos aislados, sino en procesos continuos. La Palabra enseñada con profundidad, la comunión sostenida y la vida compartida son pilares que no pueden ser reemplazados por estrategias rápidas.

El discipulado profundo también prepara a la Iglesia para tiempos difíciles. Los creyentes formados en procesos no se sorprenden ante la prueba ni se escandalizan por la demora. Han aprendido a caminar con Dios a largo plazo.

En un mundo acelerado, el discipulado profundo es una de las expresiones más claras de resistencia espiritual. Es

la decisión consciente de formar vidas y no solo llenar espacios. De invertir tiempo en personas, aun cuando los resultados no sean inmediatos.

Este tipo de discipulado no es popular ni masivo, pero es bíblico. Jesús no midió Su ministerio por la cantidad de seguidores momentáneos, sino por la formación de unos pocos que, con el tiempo, transformarían al mundo.

Deseo mostrarles claramente que la sanidad del cortoplacismo espiritual se expresa en comunidades que caminan juntas, esperan juntas y crecen juntas. Allí donde el discipulado es profundo, el Reino avanza sin apuro, pero con firmeza.

Solo una Iglesia que recupere el valor del proceso podrá formar discípulos saludables en tiempos acelerados. Y solo discípulos formados en profundidad podrán sostener el testimonio del Reino con fidelidad, claridad y fruto duradero.

***“Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”***

2 Corintios 5:15



## **Conclusión final**

“Volver a caminar al ritmo de Dios”

Llegar al final de este recorrido no significa cerrar un tema, sino abrir una decisión. El cortoplacismo espiritual no es solo una problemática a diagnosticar, sino una mentalidad a abandonar conscientemente.

A lo largo de estas páginas ha quedado en evidencia que la prisa no es neutral: moldea el alma, redefine la fe y distorsiona la manera en que se camina con Dios. Vivir apurados en un Reino eterno siempre producirá tensiones internas, frustración espiritual y una fe inestable.

El llamado del Reino no es a correr más rápido, sino a caminar más profundo. Dios nunca invitó a Su pueblo a competir con el tiempo, sino a redimirlo. Cuando la Iglesia adopta el ritmo del sistema, comienza a medir lo espiritual con parámetros inmediatos y pierde sensibilidad para discernir lo eterno. El resultado es una fe ansiosa, reactiva y fácilmente agotable.

A lo largo del libro hemos visto que el espíritu de la inmediatez no solo afecta al creyente individual, sino que penetra la vida comunitaria, el liderazgo, la enseñanza y el discipulado. Produce restauraciones superficiales, liderazgos frágiles, pragmatismo espiritual y una fe desconectada de los procesos formativos de Dios. Nada de esto ocurre de un día

para otro; es el resultado de una adaptación lenta, casi imperceptible, al espíritu de este siglo.

Sin embargo, también hemos descubierto que Dios no está apurado. Él sigue obrando con la misma paciencia, sabiduría y profundidad de siempre. Su Reino no avanza por impulsos ni por urgencias, sino por obediencia, fidelidad y procesos largos. Cada ejemplo bíblico analizado confirma esta verdad: lo que Dios forma en el tiempo, permanece.

Jesús mismo encarnó esta pedagogía del Reino. Su vida fue una confrontación directa a la cultura del resultado inmediato. Aceptó crecer, esperar, obedecer y caminar hacia la cruz sin buscar atajos. En Él, aprendemos que la plenitud no se alcanza acelerando los tiempos, sino alineándose con la voluntad del Padre. La cruz, lejos de ser un fracaso inmediato, fue el umbral hacia la victoria eterna.

Sanar el cortoplacismo espiritual implica desacelerar el alma. No se trata de reducir actividades, sino de recuperar prioridades. Es volver a pensar en términos de Reino, vivir hoy con los ojos puestos en el fruto futuro y tomar decisiones guiadas por propósito, no por urgencia. Es reaprender a sembrar con paciencia, aun cuando la cosecha no sea inmediata.

La paciencia, el proceso y la espera no son interrupciones del plan de Dios; son parte esencial de él. En esos espacios silenciosos se forma el carácter, se purifican los

deseos y se fortalece la fe. Allí se aprende a confiar más en el carácter de Dios que en la rapidez de Sus intervenciones.

La Iglesia que resiste el espíritu de este siglo no lo hace por aislamiento, sino por discernimiento. Decide no someter su mensaje, su ritmo ni su formación a la ansiedad cultural. Elige edificar sobre fundamentos sólidos, formar discípulos profundos y levantar liderazgos maduros, aunque el proceso sea largo.

Este libro no busca condenar la prisa, sino confrontarla con la verdad del Reino. Tampoco idealiza la lentitud, sino que invita a vivir al ritmo correcto: “el ritmo de Dios”. Un ritmo que no siempre es cómodo, pero siempre es seguro. Un ritmo que no promete gratificación inmediata, pero garantiza fruto eterno.

La invitación final es clara: renunciar a la gratificación inmediata para abrazar el propósito eterno. Elegir procesos hoy para cosechar plenitud mañana. Volver a caminar con Dios sin exigirle velocidad, pero con una confianza profunda en Su fidelidad.

Allí, cuando el alma deja de correr y aprende a permanecer, el Reino deja de ser una idea apresurada y se convierte en una vida estable. Y solo una vida estable puede sostener el testimonio de Cristo en tiempos acelerados.

Que esta obra no sea solo leída, sino vivida. Que despierte conciencia, restaure profundidad y devuelva a la

Iglesia el gozo de caminar con Dios paso a paso, sabiendo que, aunque el mundo corra, el Reino siempre llega a tiempo.

***“Dichoso el que halla sabiduría,  
el que adquiere inteligencia.”***

Proverbios 3:13



## Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*

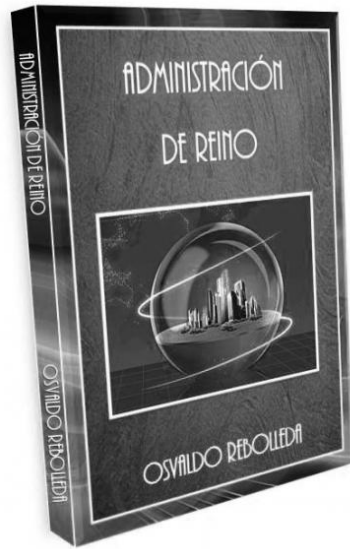
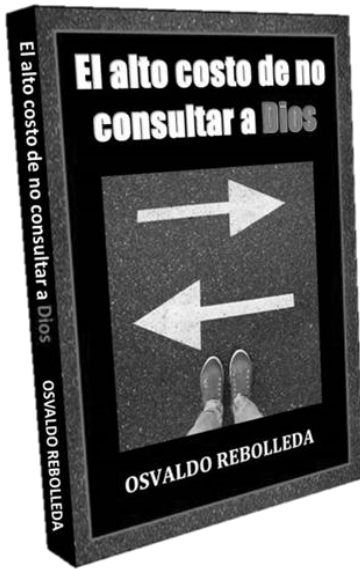


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

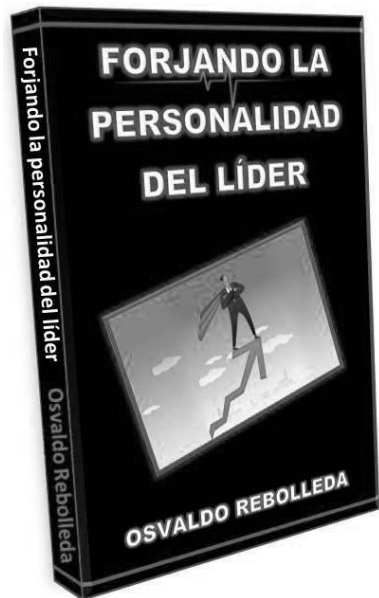
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.** Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

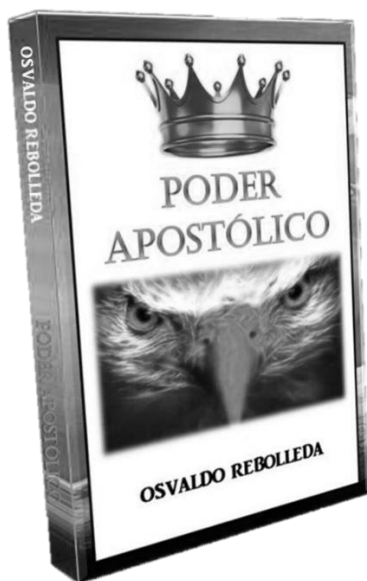
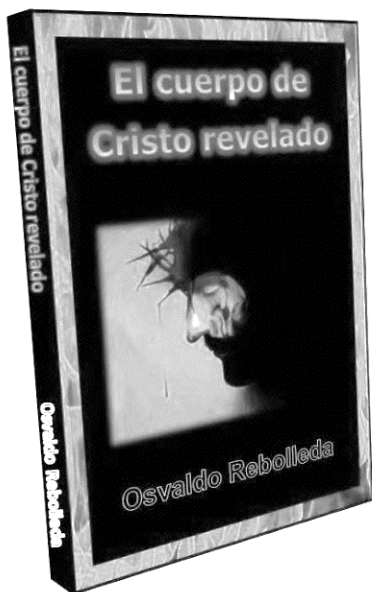
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

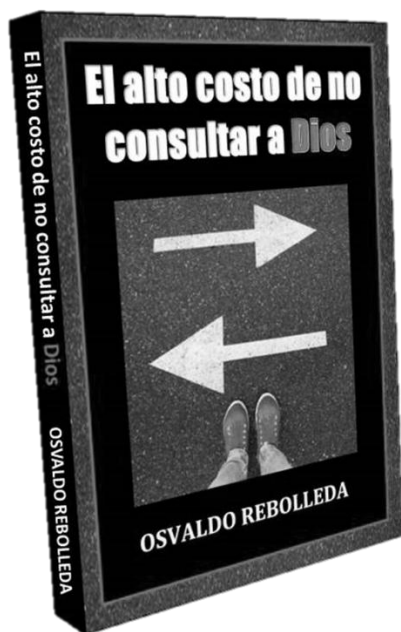


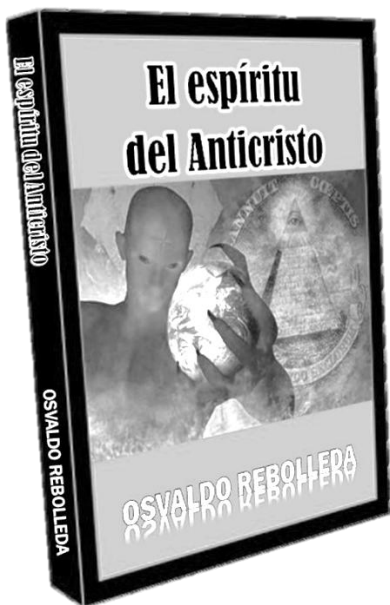
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



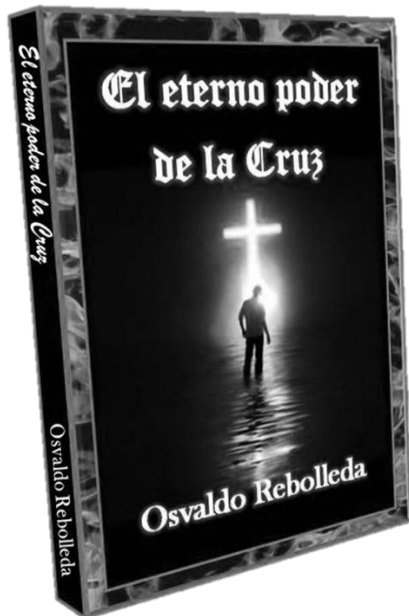
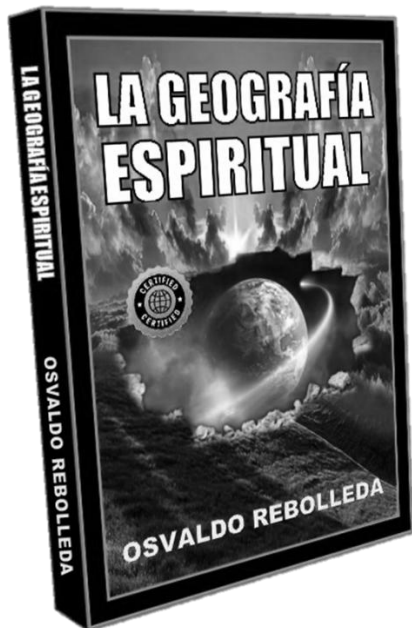


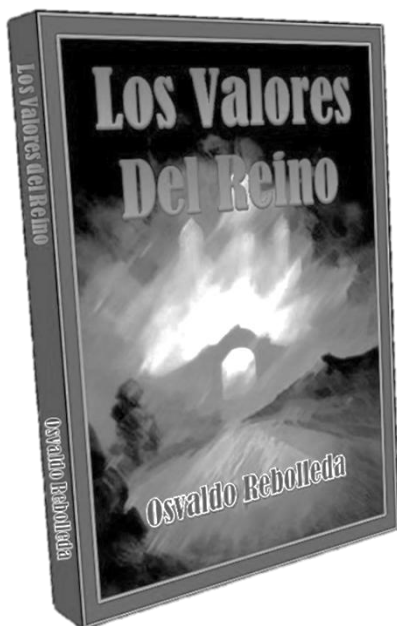
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

